

Yo llegué a Montreal el 20 de diciembre del 87 (Irma Núñez de la Torre)

Las locas ilusiones me sacaron de mi tierra
Vals peruano

Creía que llegaba a la luna

Yo llegué a Montreal el 20 de diciembre del 87. ¡Son tantos años ya! Sin embargo, siempre creo que sólo son diez. Nunca he subido ni bajado. Siempre creí que no pasaría de los diez años aquí.

En el 87 tenía como veintiséis años. Las razones, el motivo para salir de mi país, en realidad, fueron única y exclusivamente familiares. Venía a encontrarme con mi entonces esposo, el padre de mis dos hijos mayores. No sabía lo que me esperaba.

En ese tiempo y esas circunstancias vivía momentos emocionales tan fuertes que pensaba que venía a conocer la tercera dimensión. Creía que llegaba a la luna. Por las informaciones sabía que Canadá ofrecía muchas estructuras. Pero, la verdad, es que vine pensando que si no me gustaba me iría porque no tenía grandes expectativas. Más que todo quería cumplir con un protocolo de familia: venir a buscar al padre de mi hija. En esa época, sólo teníamos una hija. Wilson, mi marido, había salido de Perú en el tiempo en que yo estaba estudiando fuera del país. Salió por un asunto militar: Él pertenecía a la Policía, una de las ramas de las Fuerzas Armadas. Estoy hablando del momento de mayor apogeo de los problemas políticos del Perú, o sea, la década del ochenta. Pudo salir en calidad de refugiado, protegido por las Naciones Unidas.

En ese tiempo, yo estaba en Cuba. Por supuesto, no era precisamente la candidata ideal para venir a encontrar a mi esposo. Casi dos meses después de haber llegado a La Habana supe que Wilson ya se había retirado de Lima y que había dejado allá a mi hija. ¿Por qué se fue? ¿Cómo sucedió? Yo no lo sabía. Yo me había ido para hacer tres años de formación pero sólo pude estar un año porque cuando Wilson partió, mi madre me dijo: "No puedes continuar así porque tu esposo se tuvo que ir y la situación está muy

delicada. Tú estudiando allí y él con este problema. Debes regresar". También estuve tres meses en Europa porque de Cuba me tocaba ir a un perfeccionamiento a la Unión Soviética. Y luego regresé a Lima.

Estaba demasiado joven, demasiado... Cuando se está fuera de casa y con un estudio tan riguroso como el que se lleva en los países como estos, sientes todo, todo duele. Entonces, pensaba: "La niña está sola, mami sufriendo", y no sabía nada de mi esposo. Me tocaba regresar. Creo que regresé también por cobardía. El estudio en la Unión Soviética era muy duro, muy, muy duro. Es una sociedad distinta, muy fría, muy drástica, y yo con la añoranza de la niña. Pero me decidí a regresar porque mi mamá me decía: "No puedes continuar tres años así, puede significar para ti que no vuelvas más al país". El Perú atravesaba una situación social muy fuerte, muy, muy fuerte. Y decidí volver.

En este momento, estaba un militar que acababa de dar golpe de estado a Belaúnde. No se me viene a la memoria... Lo tengo en la mente, lo visualizo incluso... Pero, bueno, lo recordaré luego. ¡Había tanta conmoción! Estaba en plena boga Pinochet, en su efervescencia más grande. Y, por supuesto, las corrientes subversivas estaban en todo su potencial en el país. Entonces, se decidió retroceder. Retrocedí a Lima. Durante unos cuantos meses estuve tratando, como toda persona de nuestra tendencia y de nuestras condiciones económicas, de buscar la vía de poder llegar a Canadá. Como Wilson había salido fugado, yo no tenía opciones de ir a coger una visa y salir. Además, para tener una visa en el país, en ese entonces, había que ser alguien... eran muy pocas las personas que podían tener este privilegio. Trabajé casi un... casi como... seis, ocho meses viajando mucho. Viajaba constantemente para lograr un alcance económico y poder pagarme la salida. Pasó un año prácticamente desde que Wilson salió y que yo lo alcancé.

Wilson se incorporó muy fácilmente, le costó muy poco trabajo. Venía hambriento de huir. Tenía hambre de huir, quería huir. Y para nosotros, representantes de ese gobierno peruano, ser militar era una cosa de privilegio. No se veía mal, más bien era muy bonito, era muy respetado. Luego la estructura social cambió: El policía o cualquier miembro de las cuatro ramas armadas se convirtió en un delincuente para el pueblo. Entonces, lo que quería Wilson era huir, huir, huir. Hubo un grupo que lo apoyó muchísimo. Conoció a la intérprete de inmigraciones. Ella lo puso en contacto con el juez quien, en Montreal, le ofreció hospedaje en su casa, donde él pudo acomodarse en un sofá; era un "québécois" y, gracias a él, Wilson, después de cuatro meses, ya se desenvolvía en francés. También le ayudó a encontrar trabajo. Tuvo mucho soporte, mucho soporte. Empezó a trabajar como todo recién llegado casi sin idioma, sin conceptos y... bueno, yo creo que se integró con mucha facilidad, mucha, mucha facilidad.

Cuando llegamos la niña y yo, él ya trabajaba. Había alquilado un apartamento y lo compartía con otra persona. Pero en seguida, a las dos semanas que llegamos, el muchacho buscó su propio apartamento.

Fuimos a vivir en una zona muy latina, por Beaubien. Yo duré allí cuatro meses, desesperadísima porque, aunque me encanten mis raíces, no las entiendo. Por eso, salimos rápidamente de allí. Pero allí aprendí a preguntar, a orientarme, a hablar con la gente. Había muchos peruanos, muchos peruanos en este sector. Aprendí cómo cocinar porque antes no tenía ni la menor idea. Y aprendí muchas cosas. Ellos me apoyaron bastante.

Una tempestad de nieve con unos zapatitos de plástico

Uno de los primeros choques emocionales que sentí al llegar aquí fue a causa de la temperatura. Llegué un 20 de diciembre con una tempestad de nieve impresionante y con unos zapatitos de plástico... Venía con unas zapatillas que me imaginaba que me darían un calor terrible y se me congelaban los pies.

Me imaginaba lo que iba a encontrar en Canadá porque yo provengo de un lugar muy frío, de los Andes. Pero, ¿no es este frío de aquí! Es un frío diferente. No es ese frío que te mata los huesos, que sientes que te enloquece. En la sierra no

tenemos calefactores y, sin embargo, tenemos una montaña de más de tres mil metros de altura. Me imaginaba que iba a ser como en Suiza, donde hace un frío rico, donde uno puede vestirse con una chaqueta o un buen suéter, pero no este frío, no. No estaba preparada para este frío. Quizás no me dijeron: "Mira, estamos a menos treinta, y a menos treinta sí que congela". Pero, bueno, como siempre he sido una persona bastante positiva... Y siempre hice las cosas por voluntad propia, eso no puede causarme remordimientos. Nadie me obligó a venir. Vine con mucho esfuerzo y mucho trabajo, entonces, obviamente no tenía que verle la mala cara a lo que encontré. Simplemente me pasé como tres meses encerrada, sin salir a ningún lugar. La temperatura fue el primer fuerte obstáculo. No era capaz de pararme diez minutos en una parada a esperar un autobús. No podía. Me moría de frío. Soy una persona muy friolenta. Pero, bueno, pasaron los tres meses rapidísimo y la vida fue cambiando, tomando otro matiz. Ya sabía que tenía que comprar un gran abrigo, una gran bota, una gran chalina. Luego, a medida como que el cuerpo se habitúa o uno se da cuenta de que no hace tanto frío. Las condiciones se van preparando también. Creo que sí, mi primer enemigo hasta el día de hoy, sigue siendo el frío. Desde noviembre prácticamente no salgo, si no es estrictamente para lo necesario.

Para Silvana, mi hija, fue diferente, para ella fue lo nuevo. Lo que la niñez permite, el privilegio de la edad. Para ella, patinar, divertirse en la nieve, rodar, era una cosa espectacular. Era preciosa. Y su papá siempre fue una persona de mucha actividad, y muy caluroso, así que el invierno no le chocaba tanto como a mí, que yo todo el tiempo tiemblo. No, a ella le fue bien y se amoldó con una facilidad enorme, enorme, enorme. No encontró mayor... yo nunca he escuchado que se estuviese quejando: "No me gusta, no quiero". No, para nada. Estuvo bastante bien.

El inglés... domina el mundo entero

El idioma en mi caso no fue el segundo obstáculo, lo vi más bien como una necesidad de autovivencia. Era un "défi". Había que salir adelante. Un desafío para aprender y, por supuesto, que estábamos conscientes. Antes de venir, incluso, yo cogí un año de curso de inglés, preparándome así para un mundo que, de lo contrario, no me iba a entender. Un curso de inglés de un año en el Perú es como aquí un

curso de un mes y medio, pero, por lo menos, sabía decir: "Buenas tardes, buenos días, agua, subo, bajo", y entendía que me hablaban de un avión, entendía que me hablaban de un carro. No estaba tan a ciegas en este aspecto. Por otra parte, sabía que el inglés era un idioma que dominaba el país y que, además, domina el mundo entero. O sea que, por lo menos, me podía dejar comprender. Así que no me hice un rompecabezas en este aspecto.

Yo tenía el deber de no destrozar a mi familia

Repito que yo vine aquí obligada por principios familiares que tenía mi madre. Pero para mí, en cuanto a mis ambiciones de trabajo, de persona, como ser humano, es evidente que yo retrocedía. Era muy joven y tenía posibilidades mucho mejores allá. En Lima empecé a estudiar ciencias políticas. Ahí dejé el comienzo de una vida muy fuerte, mis consejeros me decían: "Espérate, espérate", porque ellos pensaban que "el político no puede tener familia". El político vive con una familia pero el político es político. Entonces, me preparaban al decir: "Espérate porque estás comenzando. Vas a tener dinero suficiente para mandar y mantener a tu marido en Europa o donde él esté. Va a ser al revés de lo habitual, tú vas a sostener a tu esposo, no te vayas".

Pero, como decía, la presión familiar era muy grande. Y creo que, aunque no acostumbro lamentarme, no era el momento de abandonar las posibilidades que me ofrecía el Perú. Había una causa que fundamentaba, que justificaba mi decisión, y era que la niña tenía derecho a estar con su padre y yo tenía el deber de no destrozar a mi familia. Entonces, había que seguir. En ese tiempo, yo ganaba casi sesenta dólares americanos en el Perú y Wilson, en Montreal, ochocientos dólares, trabajando como "plongeur" en un restaurante.

Él empezó a trabajar a los diez días de haber llegado. Por eso pudo pagar lo adeudado. Pero cuando Wilson evocaba sus cuentas, uno pensaba que vivía gratis, entonces, de los ochocientos dólares, le quedaban quinientos... Todo es como lo muestra la economía, si hay más, gastas más, si hay menos...

En Lima yo trabajaba como secretaria en el Instituto Peruano de Seguridad Social (IPSS), que viene a ser como el Département de la santé publique aquí. Pero con el salario de secretaria

privada de la presidencia no podía vivir. Yo vivía de mi trabajo extra, de mi trabajo político. No era realmente político sino de asesoramiento al presidente. Lo acompañaba en sus viajes, en las campañas, en las asambleas, en todas sus reuniones a través del país.

Allí yo ganaba las comisiones extras: Viajaba muchísimo, con todo pagado. Nos pagaban un hotel tal y yo me iba al hotel cual, o a la casa de Juanita y me guardaba esa plata y me preparaba sándwiches en vez de comer en el restaurante. Entonces, si yo ganaba sesenta dólares, cada vez que viajaba hacía doscientos dólares. Buscaba siempre el medio de ahorrar. Y, como era la secretaria del presidente, en todo lugar tenía que estar yo. Cuanto más lejos íbamos, más ganaba. Teníamos los viáticos, teníamos todo. Y mi sueldo se mantenía igual, porque salía del trabajo con permiso a cumplir la otra función. Eso me daba la ventaja de contar con un poco más de dinero. Aparte de eso, como las sociedades latinas funcionamos por lo general con la coima, a las personas se las gratifica con algunos gestos: por ejemplo, cuando llegaba al hotel me podía encontrar con una cantidad de bolsas de arroz; si trabajábamos con la compañía de atuneros, encontrábamos una caja de atún para cada uno de nosotros, es decir, detalles permanentes, permanentes. De esa manera, la gente le roba a uno la necesidad de que los escuche, si cabe la palabra. Entonces, yo regresaba a Lima con una caja de atún, una caja de papas, de acuerdo al tipo de trabajo que había realizado. El presidente, por su parte, llegaba con perfumes, jabones, colonias, etc. Así aumentaba el sistema de sobrevivencia. Aparte, por supuesto de lo que implica trabajar con el público, con la gente. La gente siempre estaba suplicando: "Ayúdeme por favor a buscar trabajo", esto y el otro. Había, mucho movimiento interesante, muy superior a un salario.

Esas fueron las razones por las que, cuando me tocó venir, yo me pudiera pagar la mayor parte de los gastos. Wilson, mi esposo, no estaba en condiciones económicas para mandarme nada. No me mandó nada, o casi. Yo esperaba y esperaba su ayuda y le decía: "Mira que tengo que viajar por las visas, y mira que tengo que hacer esto". En esa época yo necesitaba como tres mil dólares y él me mandó seiscientos, o sea, nada. Y yo insistía: "Mira, que tengo que hacer esto", y él: "Bueno, cuando llegues a Cuba te voy a alcanzar la plata". Entonces, yo lo puse en la

balanza, y me tiré a lo que viniera, consciente de que él, estando allá, podía menos que yo. Y así fue como en un mes conseguí la plata para viajar. Trabajaba como una loca, viajando, bajando y subiendo en los aviones y haciendo veinte cosas a la vez.

Sí, Dios existe, te lo da todo; ¿de qué te vas a quejar?

Siempre he tenido conciencia de que no debo arrepentirme de nada, de nada, absolutamente de nada. Creo que sería juzgar a un Dios que existe, que te lo da todo, te proporciona todo. ¿De qué te vas a quejar? Eso siempre he pensado.

Yo llegué a Lima en mayo, y ya en junio estaba lista para hacer unos viajes. Llegaba a Lima desde la Unión Soviética vía La Habana. Era el Día de la madre. Me acuerdo muy bien. Una semana antes de ese día me dije: "A finales de junio estoy lista, tengo que hacer dos o tres, cuatro viajes como máximo para conseguir mi visa para Canadá".

En ese entonces, salir ilegalmente como hizo Wilson costaba cuatro mil dólares. Tuvimos que vender lo poco que teníamos, no había otro mecanismo. Los ilegales o "mojados", como los llaman, compraban visas robadas o buscaban entre otros veinte mecanismos de ilegalidad que existían en el Perú, porque normalmente una persona corriente no podía obtener una visa. En algunas calles de Lima se puede conseguir cualquier tipo de documento. Pero con esos era más difícil. Por ejemplo, uno iba y fraguaba los papeles para obtener una visa, pero de veinte solicitudes, sólo resultaba una. Por supuesto, en las embajadas investigaban y, a veces, uno les caía mal o simplemente no les gustaba su cara. Eso sucedía incluso con la gente de dinero. Había que contar con el factor "suerte" porque siempre se juega el albur de correr la chance de lograrlo o no. Y cuanto menos bienes tengas, mayor es el riesgo. Pero, en ese entonces, debo decir que yo estaba muy bien asistida: "Con tres o cuatro viajes que hagas, eres una persona que siempre va a ser muy conocida. Los consulados te conocen", me decían mis compañeros de trabajo.

Al final tuve que viajar un poco más y resolverlo todo en mi mente. Mis jefes, por supuesto, no sabían cuál era mi intención. Yo pensaba: ya me conocen en tal sitio, ya me conocen en cual sitio. Además, en un momento determinado, alguien

me dirá: "Bueno, vete a los Estados Unidos, tienes un congreso allá". Y efectivamente, hubo un congreso en agosto organizado por la AFL-CIO. Esa es una de las afiliaciones centrales sindicales que trabajan con los partidos de intermedia en Perú. Ayudan al perfeccionamiento de los trabajadores en el exterior, con cursos de sindicalismo, de derechos humanos, de labor, de gestión económica, *whatever*. El más destacado de los trabajadores viaja. Es la regla del juego. Yo trabajé fuertemente para ser elegida. Tuve la suerte de que por mi edad y por mi condición de mujer, me vieran como el elemento preciso para formar a muchas personas. Yo veía eso como una puerta abierta. "Trabajaré mayo, junio, julio, agosto para que me den esa visa. Haré esto", me decía. Pero también eso implicaba un costo, porque aparte del billete de avión tenía que pagar mi estadía. Además, tenía que llevarme a la niña, sacarle la visa que seguramente iban a rechazar. Claro, nadie sale a estudiar con una niña de cuatro años. Yo lo veía así y le decía a mi esposo: "Mira, Wilson, me va a hacer falta un poco de dinero", y él: "Sí, pero tengo que pagar el teléfono, pagar la renta, y además llamé mucho este mes". Entonces, él nunca tenía dinero. Nos mandaba para la comida, para otras cosas, pero no lo suficiente. No tenía nunca. Yo tenía que seguir buscando esa plata. Buscando y buscando. Tanto así que un día le dije: "No llames más porque si tanto te cuestan las llamadas, pues no llames porque, ¿hasta cuándo vamos a esperar?". Y mi mamá siempre diciéndome: "Que te tienes que ir, que tienes que irte". "¿Y quién me va a pagar el viaje?", le contestaba yo. Efectivamente, cuando llegué, me acuerdo que la primera factura que pagó Wilson fue como seiscientos dólares, que era lo que había ganado en la quincena. Él siempre estaba endeudado con el teléfono, pedía préstamos al banco para el teléfono. Desgraciadamente, ésa era la realidad.

Las visas para Canadá

Mi visa para Canadá fue una visa muy poco común. En ese tiempo existía una sola manera, burocrática, de obtener una visa. Había que presentar los documentos en la embajada, ellos lo pensaban y se tardaban una semana en dar su respuesta. No se autorizaban visas de un año o de cinco como se hace hoy día. Preguntaban: "¿Cuándo te quieres ir y por cuánto tiempo te quieres ir?". Así te daban la visa. Y como era la primera vez que yo intentaba obtener una visa canadiense me dijeron: "Bueno, preséntate y

regresa en ocho días a recoger tu pasaporte". Pasaron ocho días. Cuando recogí mi pasaporte tenía una visa de cuatro semanas. Pero antes tenía que volver a Lima por mi hija y el vuelo para Lima era sólo una vez por semana. Entonces, tuve que esperar ocho días más para regresar a Lima.

Se suponía que yo iba a salir de La Habana para Canadá. Y no salí. O más bien salí y me fui a México para que apareciera en el pasaporte que había salido. Estuve en México tres días y regresé a La Habana. De La Habana a Lima. Cogí a la niña, regresé a La Habana y emprendí las mismas gestiones en la embajada de Canadá para que le dieran una visa. En La Habana me preguntaron por qué. Yo dije que se iba con el abuelo. Con el abuelo que ni la conocía, ni estaba allí tampoco. "Bueno, se va con el abuelo. Se van una semana, yo los espero y regresamos todos". Lo del abuelo fue que yo trabajaba para una organización cuyo director llevaba el mismo apellido que mi hija, Chávez. Como se suponía que yo ya había regresado de Canadá, no podía justificar que una niña de cuatro años y pico iba a viajar sola. Imposible. ¿Entonces con quién se iba? Con una autoridad que en aquel entonces era mi jefe directo y que por suerte se llamaba Chávez como la niña. Él había aceptado sin problema pasar como su abuelo. Presenté el pasaporte y dije: "Se va con su nieta", pero en realidad él nunca viajó.

Entre un viaje y el otro, y todas las gestiones administrativas que había que hacer, habían pasado ya tres semanas. Y cuando regresé a Cuba ya prácticamente mi visa estaba terminando su periodo. Entre el tiempo que yo llegué a presentar el pasaporte de mi hija, más los ocho días que me tardaba para hacer de nuevo el trámite, mi visa se me vencía. Y yo no podía pedir que me hicieran un cambio en la mía porque se suponía que ya la había utilizado. Pero así no fue. Por eso cuando me volvieron a ver me dijeron: "Tú te ibas el ocho, ¿no?". Un ejemplo, porque no me acuerdo. Y se suponía que yo había regresado el quince. Yo me había ido por una semana. Es que ellos me dieron treinta días para usar mi visa pero sólo tenía derecho a una semana de estadía. Así era en ese tiempo. Mi periodo de esa semana había terminado. Por suerte, me dieron la visa para mi hija y entonces calculé la manera de poder irnos las dos. Como ya dije, hacía cuatro o cinco días que mi visa ya no valía, ya había expirado. La necesidad de

hacer las cosas es tal que te desesperas y preguntas: "qué hago".

En el Perú se acostumbran usar polvo compacto "Maja"

Entonces fue cuando decidí hacer el cambio yo misma. Sin material, sin saber cómo se hace ese tipo de trabajo ni nada, guiada sólo por mi instinto de autopreservación animal, ya había fraguado mi visa. En el avión, con una hoja de afeitar, borré una parte, bien borradita. Saqué el uno de 15 y puse un dos para que fuera 25. La visa era válida. En el Perú se acostumbran usar polvo compacto "Maja". Yo tomé el mío y lo partí sobre mi pasaporte. ¡Cuac! Lo sacudí bien sacudido y el pasaporte quedó de punta a punta teñido. Y lo sacudí y lo sobé porque mi instinto de sobrevivencia era enorme, enorme, enorme... Después dije: "¡Ay!, perdón, se reventó la caja". Empecé a sacar todos los pedazos de polvo "Maja" porque teñía la piel. Alguién me dijo hace poco que éstos son detalles muy importantes y que hay que contarlos, porque la gente no imagina que un detalle tan ínfimo, tan pequeño como éste, me pudo quitar el derecho de llegar a Canadá. Porque yo sólo lo veía como un reflejo animal. Tenía que salir, tenía que hacerlo y entonces tenía que reaccionar, despertar. Entiendo que estos detalles podrían servir a otras personas para que no perdieran su oportunidad. Yo me acuerdo que se me vencía la visa y, *anyway*. Y todavía estoy aquí. Yo me había dicho: "Me quedará diez años en Canadá". Siempre pensaba esto. Silvana tenía cinco y ahora tiene veintiuno. Son casi diecisiete años que estamos aquí... ¡Es bastante!

Mis compañeros de trabajo supieron que me iba a quedar en Canadá unos días antes de que yo saliera. Antes pensaban que sólo hacía tentativas. Porque, ¿para qué inviertes –porque yo era una gran inversión para ellos– por qué estaban invirtiendo en mí creando federaciones, trabajos, cuadros, estudios, cuando yo los abandonaba al inicio? Porque yo los abandoné al inicio. Era recién llegada, y recién formada con el curso de cuadros sindicales para mujeres por la Federación de mujeres cubanas. Estábamos en plena campaña e Irma partió. Entonces tuve que decirle a mi jefe directo: "Me voy, pero no voy a volver". Su reacción fue: "¿Qué vas a hacer sin dinero, sin hablar idiomas?". Y los demás compañeros que ya conocían Canadá, como muchas otras partes del globo, también tenían

que yo pasara trabajo. Ellos estaban seguros. ¿Qué iba a hacer allá? Pensaban que no me iba a quedar. Me decían que no me convenía, que no me iba a poder mantener. ¿Qué vas a hacer en Canadá? A lavar pisos, a cuidar viejitos, porque la mujer latina no hace otra cosa.

Anyway, ya estaba todo decidido, ya yo salía. Un día les dije: "Me estoy yendo para Cuba ". "Muy bien, perfecto", me contestaron. Pero añadí: "De allí me voy para Canadá". Entonces, al ver que todo estaba hecho, mi jefe me preguntó: "¿Cuánto te hace falta?". Yo dije: "Yo tengo tanto". Después me preguntó otra vez: "¿Tú te das cuenta de lo que estás haciendo? ¿Qué vas a hacer?". Intentaba persuadirme de que no me fuera. Tenía quinientos dólares, creo, y en ese tiempo para mí no era poco. Pero él dijo: "No, eso no te alcanza para nada. Entonces te vamos a ayudar", y así fue. Uno me regaló mil dólares, otro quinientos, y lo demás era lo que yo había ahorrado. Me dieron dinero y me ayudaron para comprar mis pasajes en pesos.

Si es una hora lo hago en burro

Me investigaron durante siete horas en Toronto. En quince años, era la primera vez que veían que una embajada canadiense en Cuba había otorgado una visa a un extranjero procedente de Suramérica. Y además mujer y con una niña.

En Toronto dudaron tanto de la validez de la visa que no se percataron de ese detalle, la fecha. La visa era válida, salía de la embajada, pero ellos no lo creían. Averiguaron su autenticidad pasando el pasaporte por los rayos ultravioletas y vieron que no era robada, que estaba a mi nombre con mi apellido. Incluso llamaron a la embajada en La Habana y allí les contestaron: "Sí, es válida". Pero nadie preguntó de qué día a qué día. La visa era válida y, aparte, ya estábamos en el país y yo sabía que no nos podían echar.

Me interrogaron durante como media hora más y luego se llevaron los papeles. Después de una hora regresaron y me hicieron otro par de preguntas. Y me miraban y me preguntaban. Yo, con un inglés muy mínimo, entendí que me decían: "¿Por qué cambiaste o por qué saliste?". Les contesté que mi esposo estaba aquí, en Canadá. Y me preguntaron: "¿Por qué a Toronto y no a Montreal?". Entonces les expliqué primero que Montreal estaba a una hora de Toronto. Pero lo que no sabía era que estaba a una hora de

avión. La verdad es que no tenía idea del mapa del país. Originalmente yo debía llegar a Montreal, pero, por razones ajenas a mi voluntad, llegué a Toronto. En efecto, en ese entonces, coger un taxi en Cuba era el fin del universo. Yo pedí un taxi a la terminal que debía recogerme a las cinco de la mañana y ya eran las ocho y no llegaba. Entonces, cuando llegué al aeropuerto, mi avión ya se había ido. Ahí me dijeron que la otra opción era irme a Toronto, que estaba a una hora de Montreal. Dije, bueno, si es una hora lo hago en burro. No era ninguna tragedia. En Toronto les expliqué todo eso, que pedí un taxi que nunca llegó, que tuve que caminar como veinte cuadras arrastrando las maletas y a la niña para tomar el primer taxi que nos llevara al aeropuerto. No hubo manera de convencerlos. Así pasó el tiempo. Luego de siete horas, me dijeron: "Bueno, se tiene que ir". Yo traía tres maletas. Había una sólo con juguetes. Me preguntaron por qué. Les contesté que venía de otro país, o sea venía de dos países y debía de regresarme en pocos días. ¿Dónde dejaba las maletas? ¿Dónde las podía dejar? En América Latina no se pueden dejar las maletas guardadas en un aeropuerto, porque no existen casilleros para guardarlas. Tenía que caminar con ellas. Venía de México y de La Habana a Canadá. De Canadá me tocaba regresar, porque venía con una visa de turista.

Mi sistema de autodefensa humana reacciona según la necesidad. Antes y después que yo, circularon por estas embajadas cientos de gentes y nadie obtuvo nada; incluso, vino una muchacha, esposa de un amigo mío, y le dije: "Yo he obtenido mi visa para Canadá". Ella me contó que había salido el día siguiente de Lima con sus dos hijos. Son personas de una posición económica veinte veces superior a la mía, ya que su papá era... como *le maire*. Era el alcalde de Lambayeque. Y le negaron la visa. Y yo, en cambio, después de ella, obtuve la de Silvana. Pero antes incluso tuve miedo. Dije: "Ellos están constatando que los peruanos vienen a pedirla aquí y me la van a negar. Entonces, decidí sacar visas para México por si acaso.

Era muy difícil sacar una visa en Perú. No era la temporada. Personas muy escogidas las podían obtener. Muy escogidas. Si eras muy alto corrías el riesgo de quedarte, si eras muy bajo corrías el mismo riesgo. Como pasa hoy; los valores eran los mismos, los riesgos eran los mismos.

Entonces uno tenía que salir como yo hice. Y no tenía nada, porque no tenía nada de dinero. Viajaba sin un centavo. Viajaba invitada, por todos los lugares. No necesitaba tener dinero. Para mí, esas invitaciones correspondían a una puerta abierta. Lo mismo con la preparación de la salida de Silvana. Y se dio así.

Tanta era la lucha de la gente que yo me preguntaba: “¿De qué te quejas?”. La verdad, tuve más suerte que muchos.

Mi amiga hizo un viaje de casi un mes y medio. Yo tuve que sacarle la visa para México y se vino por esa vía. Estuvo en todas las ciudades de Estados Unidos, cruzándolo todo, y ella, que supuestamente podía, no obtuvo la visa. Entonces pensé: “Si me niegan, haré lo mismo, pues ni modo”. Pero, gracias a Dios, sucedió... Y vinimos tranquilas y todo bien. Pero tomando el riesgo de que se dieran cuenta de la alteración de la fecha. Y es así como yo llegué aquí, a Montreal, un 20 de diciembre con mi hija Silvana.

Decidí sacar a mi hermano

Lo gracioso de mi situación al comienzo fue que, como trabajadora en Lima yo ganaba sesenta dólares mensuales y a mi llegada a Montreal me encontré con cuatro mil dólares. En ese entonces, para nosotros, era un mundo de dinero. Además de ese dinero, yo tenía cierta influencia en Lima y por eso decidí sacar a mi hermano menor, pero él no quería venir a Canadá.

Cantaba el himno... pero mi acento era mi acento

Casi toda mi familia ya vivía en Estados Unidos. Mi hermano Peter salió primero, luego mi papá. Por eso pensamos que mi hermano se iría a Estados Unidos. Mi mamá los alcanzó en Miami sólo un año después de mi salida con la niña. Entonces, yo decidí pagarle el viaje a mi hermano de La Habana a México para que desde allí se fuera a los Estados Unidos. Era imposible que él obtuviera una visa para Estados Unidos o para Canadá porque era un niño, no tenía ninguna calificación que le permitiera pedir su entrada en uno de esos países. En Cuba, yo le saqué la visa para México. Partimos el mismo día de La Habana, él para México y nosotras para Canadá. De México él se iba a Mérida, donde debía contactar a las personas que lo ayudarían a pasar

por Tijuana. Eran unos amigos míos que tenían una hacienda en Mérida. Y me dijeron: “Tráelo aquí y veremos qué pasa”. En realidad, ellos no sabían realmente cuáles eran los propósitos de mi hermano. Sólo querían ayudarlo. Pero él cometió un grave error a su llegada en Mérida.

Así que yo llegué a Montreal con algo de dinero, pero como mi hermano tuvo problemas en México y lo deportaron a Lima, lo que yo había traído de dinero sirvió para pagarle a un abogado de Los Ángeles, pues estaba desaparecido desde hacía veinte días. O sea, de los cuatro mil dólares que tenía, sólo me quedaron unos mil.

Mi hermano estaba detenido en la cárcel de Mérida. Mis ahorros sirvieron también para llamar por teléfono, porque nadie tenía idea de lo que pasaba y más bien todos pensábamos: “Lo mataron”. En ese periodo se acostumbraba mucho matar a las personas que pasaban por tal o cual sector, la policía los mataba. Las pasadas en ese entonces eran muy crueles. Yo llamé al aeropuerto para saber de él y nadie lo había visto, con nadie había tenido contacto. Llegó hasta México, se hospedó primero en la casa de una amiga y se tenía que ir a Mérida, pero nunca salió de ese aeropuerto. Nunca. Un señor me dijo: “Señora, yo lo dejé en el aeropuerto, yo lo embarqué y él se fue. Pero mi amiga de Mérida me dijo: “Irma, ese chico nunca salió, yo esperé cuatro horas y en el aeropuerto otras cinco y caminé por todos lados. Ese rubiecito nunca apareció. Nunca”. Es así como desapareció durante veinte días. Adrián tendría como veinte años. Es el cuarto de mis hermanos. Yo me imaginé miles de cosas. Pensé que la única forma de encontrarle era mandar a una persona de Los Ángeles con un abogado que instara ante las partes gubernamentales y así lo pudieran encontrar. Eso me costó todo lo que me había ahorrado. Mandé la plata yo porque mis padres no estaban enterados de lo que pasaba. Y se fue el abogado acompañado de mi tía, que vivía en Los Ángeles. El abogado me pidió no sé cuánto por día. A la semana encontraron a mi hermano en la cárcel de Mérida. Mi tía me dijo: “Irma, si tú crees en un Dios, si tú sacas de ahí a tu hermano vivo, es una gran suerte. Yo no lo reconocí, no lo reconocí... Irma, yo soy una persona estricta. He sido la primera inmigrante de toda nuestra familia. Un macho completo, como decía mi papá. Una mujer fuerte, realmente, con pantalones. A mí me pueden decir lo que quieran. He luchado mucho por mis hijos, como madre sola. Por eso, en el

momento en que vi a tu hermano, juré que yo te iba a ayudar”.

No le daban de comer. Él cuenta que eran como cincuenta personas en una jaula, bueno, una gran cárcel, donde todo el mundo hacía sus necesidades allí mismo, y comían lo poco que les daban. Eran delincuentes de mayor y menor categoría, gente de todas las clases, de todos los niveles, mujeres, niños, había de todo, todo, todo. Y el que no tenía algo, se lo quitaba al otro. Mi tía me dijo: “Irma, tu hermano está en un estado de colapso mental tan grande que tu misión es sacarlo”.

Mi tía, que era una bestia sin sentimientos ni valores, lo encontró. Ella fue a todas las cárceles de Tijuana y de todos los puntos estratégicos. Fue a todas las cárceles con el abogado. Un muchacho, que lo había encontrado gracias a sus características, le dijo: “No entiendo por qué él dice que no es peruano. Pero yo vi a un muchacho con los ojos claros y que tenía unas zapatillas... Tiene esas zapatillas”.

Mi tía me dijo que él cometió ese error de decir que no era peruano, porque bajando del avión alguien le había dicho: “Cuando vas llegando a Mérida, tú dices que vienes del D.F. No enseñes papeles porque, como es un vuelo interno, no te los van a pedir. Tú les dices : “Hola, güey, ¿cómo estás?”, y no sé qué. No te van a decir nada. Porque si te detectan que eres turista o extranjero, vas a tener problemas”. Entonces, él al salir, que se supone no hay inmigración, y por qué motivo sucedería, pues le revisaron el equipaje y le notaron el acento. Entonces le dijeron: “¿De dónde vienes?”. “Del distrito federal”. “¿De dónde?”. Pues lo detuvieron pensando que era un “mojado”. Así que lo detuvieron. Él me dijo después: “Irma, yo me preparé, cantaba el himno, me sabía todo, pero mi acento era mi acento. Era inevitable”. Y el tipo de la inmigración me decía: “No, y sabes una cosa, yo vivo cerca de donde tú dices y jamás te he visto por este barrio”. “Y bueno, me detuvieron, me detuvieron, hasta que finalmente, pasó”.

Mi hermana me comentaba que lo peor de Adrián no era su vivencia, sino su: “Perdóname, perdóname, yo te fallé, yo te fallé, te fallé. No supe hacer las cosas. Soy un bruto”. Era una obsesión este sentimiento de culpa, aunque yo le contestara que no se preocupara, que todo se iba a arreglar. Y él: “Es que no sabes, me van a

deportar y no podré volver a viajar. En el Perú me van a tomar preso”. Tenía un gran pánico, era un niño, era un niño.

Y nos costó mil quinientos dólares para que lo deportaran sin que apareciera en calidad de deportación en sus papeles. Y así fue. Eso sucedió en enero. Lo deportaron al Perú. En agosto ya Adrián estaba en Miami.

Yo trabajé como una loca, cada centavo que entraba lo juntaba y juntaba y juntaba. Y programamos su nuevo viaje empleando los mismos mecanismos que yo ya conocía, a través de los consulados, de los contactos.

En Montreal, empecé a trabajar en lo que había

En Montreal, empecé a trabajar en lo que había. Mi primer trabajo fue para una mujer italiana. Ella vivía por Laval. Me acuerdo que iba dos veces por semana a limpiarle la casa, arreglarla y todo. Estuve como tres o cuatro meses trabajando con ella. También le cuidaba a sus dos niñas, junto con Silvana. Pero realmente yo no estaba preparada para este tipo de trabajo. Yo planchaba por instinto porque no sabía hacer estas tareas domésticas.

Cuando vivíamos en el Perú, mi padre decía que no me había criado para sirvienta. Él pensaba que siendo yo la segunda de la casa, me tenía que educar diferentemente y se negaba a que me metiera en cosas domésticas, nunca, nunca. Siempre me decía: “Tú tienes que estudiar, tú vas a ser un ministro”. No sé qué cosa pensaría mi papá que yo sería. Es cierto que yo era muy dedicada en el estudio. Siempre tuve becas para ir a colegios privados, concursaba para todo, era bastante dedicada. Mi papá me veía como a un Einstein en miniatura que podría dar muy buenos resultados. Por esa razón, él me cuidaba mucho y me decía: “Ve a hacerte las uñas en vez de pensar en arañar la olla de arroz”. Y como somos de la sierra, siempre hemos tenido ayuda en la casa, es decir, personas de la sierra que ayudaban a mamá y a las que sólo se les daba la comida. No se les pagaba sueldo. Sólo se les daba la comida y un techo, y ellas ayudaban a hacer las labores domésticas.

Después de la italiana, trabajé en limpieza de un edificio con una señora salvadoreña. Eso duró alrededor de seis meses. Luego de eso, nos

mudamos a un edificio, en otra zona de la ciudad, porque sabía que en el barrio de Beaubien no iba a aprender el idioma, que era lo que yo necesitaba. Tuvimos la oportunidad de ir a vivir en un edificio de la calle Saint-Denis junto con Ontario, haciendo la conserjería. Era un edificio muy pequeño que sólo había que limpiar. No necesitábamos nada más. Pagábamos la mitad de la renta. El apartamento era muy bonito, de dos pisos, muy elegante, muy simpático. Había que trabajar en parte para los dueños, en parte para pagar la renta. Wilson no estaba muy conforme con esto pero yo le decía que a mí me venía muy bien porque así podía estar más tiempo en la casa con la niña y me resultaba igual limpiar la casa de la italiana como limpiar el edificio. La esclavitud era la misma. La única diferencia era que yo había logrado cambiar de sector. No quería mirar más lo que miraba en Beaubien. No quería ver eso. Desgraciadamente, se trataba de nuestros estereotipos. El latino no concientiza ese refrán muy sabio de Martín Luther King, que siempre me acompaña: "Si quieres ser miserable, pues miserable serás toda tu vida". En Beaubien, toda la gente tendía su ropa por todos los balcones y todos dejaban la basura en las puertas. Y es que tú sabes que es tu medio, porque eso es tu país, es verdad, pero no lo quieres ver. Yo no lo quería ver, no quería ver eso. Yo no quería ver a la vecina gritando por todos lados, la de enfrente con el volumen del televisor que me enloquecía, no quería ver eso. No quería. Y venía caminando por una calle de Westmount –Silvana al año ya estaba estudiando en el colegio de Westmount– y me decía: "Yo quiero venir a vivir aquí, yo no quiero vivir allá". ¿Por qué tenía que querer tan poco si podía trabajar? Yo le decía a Wilson: "Los dos podemos trabajar, ¿por qué tenemos que vivir así? Con la casa que se está cayendo, el techo que eran unas cáscaras viejísimas, feísimas, una cocina donde los pisos se estaban levantando. ¿Por qué? ¿No podemos pagarnos otra cosa? Pues a trabajar más". Yo ya llevaba meses trabajando más y más. Con Wilson no veíamos las cosas de la misma manera. Esa quizás es la razón por la cual él y yo no pudimos seguir juntos. No formamos una pareja *for ever*. Creo que es una de las causas, porque yo siempre he exigido de la vida más y más. Siempre me he dicho: "¿Por qué no? ¿Por qué no puedes?". Porque siempre creo, quizás equivocadamente, que cuanto más tengas, más puedes dar. Porque si no tienes, ¿qué ofreces? Si no puedes ni contigo mismo, pues, ¿qué ofreces? Nada. Entonces siempre me he

dicho: "Si puedo trabajar o puedo lograr algunas cosas, también puedo ofrecer mayores beneficios. Y así podré ayudar a mi familia que está pasando trabajo para salir del país. Hay veinte mil personas que están sufriendo de hambre o de miseria, podré hacer algo".

En ese edificio de la calle Saint-Denis hemos vivido como dos años. Sí, como dos años. Además, gracias a la recomendación que me hicieron, me contrató una actriz de televisión muy famosa por su programa para niños *Bibi et Geneviève*. Le cuidé a su niña. Por la mañana, limpiaba el edificio y luego me iba a su casa. Cuando era la época de cobrar las rentas en el edificio o cuando tenía otra obligación, entonces me traía a la niña a mi casa; me la llevaba al parque, cobraba las rentas; para mí era una niña más, una hija más; el resto del tiempo iba al colegio, no me obstaculizaba el quehacer. Cuando llegábamos a su casa, la madre me preguntaba: "¿Y qué hiciste?". "Bueno, le preparé la comida, comió". A la madre no le molestaba que yo cuidara a su hija de esa manera, porque ella obviamente se podía pagar el lujo de escoger a quien la cuidara y me parecía, por supuesto, que podía contratar a la persona que le convenía. Además, yo le hablaba a la niña en español. Y hasta a la madre le enseñé a comer bien. Porque en su casa sólo comía sandwich de atún, de tomates, y pastas. Mientras que yo cocinaba. Cuidaba a la niña los días que la madre hacía programación, tres veces por semana.

Los otros dos días, trabajaba en una cafetería *Al Van Houtte*, donde empecé cuando todavía no me podía desarrollar en el idioma francés.

Para mí eso fue el reto, al ver que nada es imposible si las necesidades son grandes y una no quiere verse doblada trabajando, porque no la prepararon a vivir cosas tan duras en la vida. Nunca me voy a olvidar. Porque todo lo aprendí de memoria. Yo lo memorizé todo en dos noches. Me hizo entrar una amiga española que allí trabajaba y que hablaba francés bastante bien. Un día me dijo: "Si quieres trabajas a mi lado y si te aprendes todas estas cosas, cuando la señora te pregunte, tú dices: '*Oui, oui, oui*', y te va a decir todo lo que necesites: '*À droite c'est le comptoir pour manger et à gauche le comptoir des desserts*' y, así, lo vas a entender todo". Hicimos una maqueta completa de todo lo que se ofrecía en el mostrador para que yo pudiera pasar a trabajar allí. Cuando empecé este trabajo tenía

como unos seis meses en Montreal. Como digo, fue un reto muy interesante porque estuve un montón de tiempo allí y nunca supieron que yo no hablaba nada de francés ni de inglés. Bueno, lo supieron al cabo del tiempo pero como mi mente me ayudó a memorizarlo todo, así fui aprendiendo. Por supuesto que yo trabajaba ilegalmente, porque había venido con una visa de turista.

Después dejé *Al Van Houtte*, porque necesitaba tomar unos cursos de francés para seguir adelante. Luego me fui a trabajar en una clínica. O sea, seguía cuidando a la niña y trabajaba tres días por semana en la clínica, hasta que la mamá tuvo otro bebido y necesitaba a una persona que se quedara en la casa los cinco días de la semana.

Luego del nacimiento de mi tercer hijo fue cuando tomé la decisión de no volver a trabajar en la clínica. Porque antes me daba mucha pena cuando mi jefa me decía: "¿Cuánto quieres que te pague? Tampoco te puedo pagar mucho porque trabajas apenas catorce horas". Yo había ido reduciendo, reduciendo mis horas. Trabajaba tres días, después dos, y luego un día y medio y después dos medias tardes. Y ella me decía: "Bueno, voy a intentar mantenerte el salario pero trabajas doce, diez, nueve, ocho horas. ¿Cuánto te pago? Bueno –me decía–, pero si te vas cómo hago?". "Está bien, voy a seguir trabajando contigo, trabajaré por la tarde", le contestaba yo.

En ese momento encontré el trabajo en la agencia de viajes. Entonces alternaba el trabajo en la agencia y en la clínica donde hacía las llamadas, verificaba mi grabadora, atendía a los clientes, ajustaba los precios, hacía distintas cosas y luego iba a recoger a Silvana, que terminaba a las tres.

Todo eso hacía antes de que naciera mi segundo hijo, Alejandro. Él nació en el 93. El trabajo de la agencia de viajes lo hacía desde la casa.

Eso nadie me lo quitaba

Después de Saint-Denis nos fuimos a vivir a Westmount. Eso nadie me lo quitaba. Me pertenecía por derecho propio. Luego de la conserjería en Saint-Denis conseguí otro trabajo en un edificio en Park Place. El edificio era mucho más lindo y con menos restricciones. La dueña me dijo: "Te ha recomendado tal señor; dice que

eres muy buena, que no tengo que preocuparme, que tú lo arreglas todo". Así era, pero yo cobraba, cobraba por todo. Yo pensaba: "Tú quieres que haga tal cosa, yo te cobro, quieres esto, te cobro, si no estás de acuerdo busca a otra persona. Yo limpio como tú quieras". Yo cobraba poco, pero cobraba. Yo le decía a la gente soy buena para esto, en equis tiempo hago todo, pero necesito esto y esto y esto. Poco a poco fui acomodando mi horario. Silvana por supuesto estudiaba en la escuela Saint-Léon y Alejandro nació en esa temporada. Yo me mudé a Park Place con siete meses de embarazo.

Además de esto, seguía trabajando con el médico de la clínica. Ése fue el único empleo que mantuve, porque me dediqué a hacer lo que se llama el *management* de edificios. Esa actividad me pareció más adecuada porque trabajaba mucho en casa, podía cuidar a Silvana, podía cuidar a Alejandro y producía. En Park Place estuvimos tres años y de Park Place nos mudamos a Clarke, donde estuvimos como cuatro o cinco años.

Wilson también cambiaba a menudo de trabajo. Él siempre ha cambiado mucho, mucho de trabajo. Siempre ha tenido problemas para estabilizarse en algún lugar. Siempre estaba inconforme con los trabajos que se le presentaban y los cambiaba. Y como varón que es –hombre muy fuerte, con mucha salud– no tenía problema para encontrar un nuevo trabajo.

Me dieron la residencia de puro cansancio

Empezamos a prosperar así. Luego me desenvolví en inglés, idioma que hablaba apenas. Y descubrí otras vías para mirar las cosas. Ya por entonces había obtenido mis papeles, ya las cosas habían tomado otra forma. Tardé cinco años en obtener mi residencia para vivir aquí. Primero por mis antecedentes, tenía antecedentes rojos impresionantes. La RCMP (Royal Canadian Mounted Police) me visitaba "como Pedro por su casa", cada mes, cada dos meses, y preguntas y preguntas y preguntas y qué hacía y qué no hacía y por qué había ido tantas veces a Cuba. Es que yo volé diecisiete veces a Cuba antes de venir a Canadá. Entonces me preguntaban: "¿Por qué tanto? ¿Por qué? ¿Por qué países de esta naturaleza? ¿Qué haces?". Y siempre investigando, investigando. Yo creo que me dieron la residencia de puro cansancio. Ahora yo soy ciudadana canadiense.

Pero, en ese entonces pues yo quería viajar, yo quería ver a mis padres, yo quería hacer cosas, quería tener dinero. Siempre he pensado que si no puedo pagarme qué comer, si no puedo lograr un mínimo, qué hago aquí. Mi esposo me decía: “¿Te vas a ir otra vez? ¿Te vas a ir a Miami ahora?”. Pues sí. Y él: “¿No podemos comprarnos un carro nuevo?”.

En ese lapso de tiempo, de tanto trabajar, porque siempre he visto que el trabajo dignifica al hombre, y también por mi formación política, no hay nada en que no me haya implicado: he hecho de todo. Lo único que no he hecho es meterme en droga y prostituirme, es lo único que considero que no está en mi estatus. Si me decían: “Irma, ¿quieres ir a lavar una casa hoy?”, contestaba que sí. No me molestaba, no creo que eso rebaje mis valores. No iba a ser diferente porque alguien me dijera: “Oye, ¿tú no eres la secretaria de un médico?”. Sí, ¿y qué? Esta plata me la estaba ganando limpiamente. Prefiero eso que robar. Prefiero eso que mentir. Prefiero eso que sentarme a llorar mi desgracia en casa. A veces una amiga que trabaja con gentes de mucho, mucho dinero aquí me llamaba: “Oye, tenemos una fiesta judía, va a ser el sábado, ¿te molesta ir a trabajar?”. Y yo preguntaba: “¿Cuánto me vas a dar? Porque, desgraciadamente, no tengo el mismo precio de antes”. Y la acompañaba feliz. A veces me he encontrado con gente que me decía: “Irma, ¿qué haces aquí?”. ¡Viendo a ayudarla a ella! A mí no me molesta, no me fastidia hacer este tipo de trabajo. En estas temporadas yo ayudaba a preparar las mesas, preparar la comida, decorar los platos, recibir a la gente, etc.

Aprendí todo eso acompañando a otra amiga que trabaja hace siglos, siglos en la casa de una familia judía muy famosa, muy famosa. Ella me pidió dos o tres veces que la ayudara. Se trata de actividades puntuales, tres o cuatro veces al año. Ella me decía: “Te van a pagar sesenta o setenta dólares”, y yo le preguntaba qué había que hacer. “Hay que decorar, poner la mesa, colocarle las flores, hacer los arreglos, mirar las combinaciones de las vajillas”. Bueno, todos los detalles de una mesa de presentación donde me imagino que un bufete les cobraría trescientos o quinientos dólares. Yo no sé. Entonces yo iba con ella. Era una mesa para unas veintitrés o veinticinco personas. Ella me enseñaba lo que tenía que hacer. Al comienzo yo le ayudaba, porque ella sola no podía. Íbamos a servir la mesa, a recoger la vajilla, a ofrecer si quiere té, café, manzanillas,

conocer el gusto de cada persona, los detalles, de qué más o menos quieren, qué no quieren. Yo siempre la acompañaba, a excepción de este año. Nos hicimos un hábito, estábamos acostumbradas a llevarnos. Cuando de casualidad me encontraba con gente que me reconocía yo los saludaba mientras que mi amiga que es boliviana me decía: “Ay, ¡qué vergüenza contigo!”, y yo le contestaba: “¿Por qué vergüenza si no estamos robando? Yo no estoy robando, yo me lo gano a pulso. Y me siento feliz de ganármelo a pulso. A mí no me lo regala nadie”. Ése es otro ejemplo de nuestro estereotipo.

Justamente, en Suramérica, un trabajo así no se haría jamás porque, como allá me conocía más gente, no podría hacerlo. Siendo una persona sindicalmente conocida, no iba a estar limpiando la casa en San Isidro, no se podría. Pienso que para llegar a esta etapa, uno necesita haber pasado por un estado distinto. Lo difícil es cuando la amiga –la boliviana– teme el qué dirán. Ella nunca ha permitido que se sepa lo que hace. Es una bióloga titulada y aquí nunca ha podido decir: “Yo limpio casas. Yo atiendo a judíos, les arreglo las mesas, los comedores, etc.”. Además, hace siglos que dos veces a la semana atiende también a otra familia. Atiende a una señora una vez por semana y a otra la acompaña para que pague sus cuentas y haga su *shopping*. O sea, trabaja para gente de muchísimo dinero que le da un tremendo salario. Por eso ella me dice: “Me mataría en una manufactura por este sueldo. Hoy no puedo hacer otra cosa”. Es una persona muy eficiente, muy distinguida, una mujer con mucha preparación, con mucho estilo, que maneja un carro impresionante, y me dice: “Encontré la forma de ganarme la vida. De otra forma, ¿qué haría? No voy a volver a estudiar, aparte de que el francés lo hablo a medias, el inglés a patadas, entonces para trabajar como bióloga aquí tardaría cinco años, y mientras tanto quién me mantiene”. Esto es una realidad, no es otra cosa.

Yo estudié cuatro años de sicología y aquí, mientras me ponga a pensar en rehacer lo que podía haber hecho o no, hambre hubiera pasado también. Y no hubiera podido hacer las cosas que hice. Retroceder el tiempo... ¿para qué? Alguna vez me he preguntado por qué no he hecho los estudios aquí. Pero, en ese momento, no tenía la orientación del caso o el apoyo necesario para haber hecho lo que debiera.

Estudié ciencias políticas en Lima, cuando mi hija Silvana estaba naciendo. Y empecé a trabajar cuando ella tenía año y medio, casi dos años. En ese tiempo estuve estudiando, terminando los estudios. Cuando me casé ya había hecho un año y medio de universidad. Después seguí estudiando. Balanceaba mis estudios sin mayor trabajo. Sin vanidad mía creo que no he sido una estudiante muy difícil porque, entre vas aquí, vas allá, no podía hacer más créditos que dos o tres por período. No podía hacer una carrera extensa. Pero por lo menos sabía que tenía dos dedos de frente y que funcionaban. Mientras mi amiga boliviana me decía: "Nadie tiene que saber, nadie, que estamos en esto", a mí me daba igual. Se trabaja y se gana, y se suda por lo que se gana.

Mi esposo siempre ha dicho que soy una mujer muy ambiciosa. Pero yo nunca he permitido que él figure en ese espacio. Desde el tropiezo de mi hermano Adrián, que se llevó todo por detrás, mi economía quedó vacía, me quedaron mil dólares, que no era nada. Adrián llegó en agosto a Estados Unidos y cuando llegó yo ya estaba endeudada. Trabajé hasta diciembre para pagar lo que ya debía. Yo siempre he sido una persona un poco temperamental en el sentido en el que a mi esposo le decía: "Ok, si me ayudas, bueno, y si no me ayudas, no importa". "Es que tenemos muchas deudas", me decía él; "me las cobras", le contestaba yo. Soy una persona un poco fuerte en ese campo.

He seguido cursos de toda naturaleza para entender por qué yo abarcaba tanto espacio. Yo me decía, no sé, estoy trabajando como un animal, no estoy en la casa llorando mis desgracias. Es mi plata, mi trabajo, mi esfuerzo. Si tú quieres que compremos un televisor, una cama, un sofá, yo no quiero. Yo quiero que mi hermano salga. Yo creo que mis valores de conciencia han sido mucho más fuertes que mi modus vivendi material.

Yo nunca dije esto es imposible... Yo voy a ser la puerta

Después, cuando otras personas me lo hicieron ver, he comprendido que Wilson tenía razón. Sus expectativas de la vida eran diferentes a las mías. Él trabajaba para la comida, para la casa, para pagar las cosas. Él no trabajaba para mandar a su mamá, ni a su papá, ni a su tío, porque no le daba la gana. Él no quería. No encontraba esa necesidad, mientras que para mí era un apetito.

Yo no podía comer nada porque lloraba. Estaba comiendo con un llanto y él me decía enojado: "Ya, ¿qué pasa ahora?". Yo estaba pensando que si comió mi tío, que si Juan, que si el otro. Era un sentimiento de culpa tan grande de que pudiera hacer esto y que no pudiera reaccionar. Entonces, yo juntaba un dinero y ya, en seguida, comprobaba tengo tanto dinero, ya. Era una necesidad incontrolable. Nunca pude controlar esa situación. En la discusión yo le decía: Regreso. Si tengo trabajo, yo salí con un permiso de un año, yo me voy. Yo voy a trabajar, pero no me voy a quedar así.

Lloraba todos los días y mi tía hablaba desde los Estados Unidos. Ella me ayudó con una parte, con mil dólares creo que me regaló. "Vamos a sacarle", y no sé qué. Entonces, Wilson no me podía decir: "No lo hagas". Era más fuerte que yo. Era imposible, imposible. A medida que fue pasando el tiempo, todas las cosas que iba haciendo se convirtieron en eso. Yo nunca permití que él me dijera... cuando él me discutía, me decía: "Pero en vez de estar así, podríamos tener tal cosa", y a mí no me interesaba. "Pero mira cómo vienes, como un burro", cargando el mercado en la espalda, con la niña en brazos, y mis bolsas. No podía, era más fuerte que yo. Y me pasé todos los años, año tras año, juntando plata para mandar. Juntando para sacar al uno, juntando para sacar al otro. Así salieron todos mis hermanos.

Hice que salieran veintiuna personas. Mis primos, mis primas, era una cadena constante, constante, de tal forma que, por algo he seguido estudios de psicología, de autoestima, me he preguntado: "*How wrong I am?* ¿Qué estoy haciendo?". Es que Wilson debe de tener razón, debo de estar loca. Pero era imposible, era imposible, porque yo decía: "Yo te pago, ganamos, la mitad yo estoy trabajando, yo trabajo el doble. Tú trabajas tus horas de trabajo, y yo hago más para que no nos falte. Entonces, ¿quién está quitando? Yo no estoy quitando". Y siempre él me decía: "Pero porque éste te va a pagar cuando pueda, y así nunca vas a ver tu dinero". Y es verdad que me han pagado bien o mal, a medida, poco o mediano, pero puedo dormir en paz. Yo sí creo que por esa parte mi sueño no se quita.

Cuando hice salir a la familia de Lima, llegaron aquí, pero hoy sólo tengo a un hermano en Montreal. Los demás se fueron a Estados Unidos. Para ellos Estados Unidos siempre fue el *goal*,

todo el mundo quería ir allí, *The American Dream*, siempre la misma historia. Mi hermano Augusto vino primero aquí, se fue a Estados Unidos y luego se regresó. Él era ya ciudadano canadiense cuando se fue a Estados Unidos.

Los demás se fueron a Miami, el centro de *Latin Congregations*, como digo yo. Pero diré que todo se resume a que yo nunca dije esto es imposible. Todo se puede hacer. Y también hay una cosa que tengo, que yo lo veo como un defecto. Sigo viéndolo así. Yo le había prometido a mi mamá que yo sería la puerta y yo dije: "Yo voy a ser la puerta. Yo voy a ser la que abra todo esto". Porque me di cuenta que sí podía hacerlo. Voy a ser esa puerta, no me voy a olvidar de mi promesa. Voy a sacar a Adrián, voy a sacar a Augusto, voy a sacar a Luz Bella, a todos. Y le dije a mi mamá: "Te prometo que a cada uno de mis primos lo voy a llevar para que ése saque a los demás". Pero ninguno de ellos sacó a nadie. Jamás. Ésa fue la promesa que le hice a mi madre. Y mi mamá dice que esta promesa se la hice a mi padre cuando yo tenía tres años. Que yo, cuando veía a mi papá que llegaba del trabajo tarde, yo le decía: "Yo te voy a comprar un avión y nos vamos a ir". Así lo calmaba a mi papá cuando estaba llorando y que le decía: "No llores, no llores, que te lo voy a comprar". Mi mamá siempre dice eso: "Tú prometías, tú prometías, decías: 'mira tu avión'". Yo compré un avión de plástico que me costó como veinticinco centavos, y le decía: "En este avión tú te vas a ir. Yo te voy a llevar". E inventaba, ¡qué historias inventaría con esa edad! Yo no sé. Mi mamá siempre decía que yo hablaba con tanta propiedad que he venido a cumplir todo lo que he prometido.

En un principio, como estudiante, fui muy normada. Yo prometía mis propias cosas. Y si le prometía a mi madre, era una ley. Entonces, cuando yo salí, le dije: "Madre, yo me voy, me tocó a mí el turno". Podía haber sido el mayor, podía haber sido el que seguía. Pero sin haber salido de Cuba, yo había sacado a mi hermano mayor y había sacado a mi papá, sin haber tocado el suelo, porque las conexiones me lo permitían. Salir con la federación de chóferes, ¡afuera! Y que salió para los líderes jóvenes, ¡afuera! El mecanismo funcionaba. En un momento me puse a contrapesar y Perú estaba aquí, así, en mi mano. Era el momento en el que no debía quizás haber salido porque tenía todas las puertas abiertas que me permitían hacer las cosas. Me acuerdo que con mi padre me encontré

en Cuba. Yo ya estaba en Cuba estudiando y papá venía del congreso de la Federación de chóferes en la Unión Soviética. Allá él había conseguido su visa para México.

Como le decía a mi mamá: "Yo sé que soy la puerta. Te prometo que te voy a llevar a Miami. Yo voy a hacer todo". Y cumplí. Saqué a un miembro de cada familia de la de mi mamá y de la de mi papá. Cuando cumplí con ellos, hace como tres años, cuando terminé con mi prima, la última, entonces yo le dije a mi mamá: "No más, ahora sí no acepto nada más".

Cada viaje me ha costado entre los cinco y seis mil dólares, aparte de que yo tenía que viajar. Yo tenía que ir a ver a contratar a la gente, a pagar aquí, a pagar allá y me tenía que pasar seis meses ahorrando. Ahorrando, ahorrando, ahorrando. Gracias a Dios, y creo que es una generosidad del Dios Divino, lo he hecho, porque me ha dado la gana. Porque si hubiese pensado: "Esto no me lo van a devolver", nunca hubiera hecho nada, jamás. Como ha pasado con mis hermanos, ninguno se ha involucrado en nada. Ninguno ha querido apoyar a nadie.

Bueno, al final todos me han devuelto por lo menos el precio de su pasaje y lo que se había gastado en los documentos. Pero esos viajes que yo hacía por ellos no me los ha pagado nadie. Los he tenido que pagar yo. Ellos me iban pagando unos cien dólares al mes, a veces ciento cincuenta, porque tenían que trabajar y con qué me iban a pagar.

Ahora me doy cuenta de que yo estoy divorciada desde el 98 y pienso en todo ese tiempo cuántos dolores de cabeza me debe haber dado? Muchísimos, muchísimos, muchísimos. Pero al mismo tiempo pienso ¿Es que yo hubiese sido feliz de otra manera? ¿Es que yo hubiese sido feliz pudiendo haberme pagado la casa que teníamos allí? Yo quedé limpia conmigo misma, con mis propias promesas.

En el edificio de la calle Clarke trabajaba como *manager*. Mi apartamento costaba unos 1200 dólares, aparte del cable, etc. Trabajaba para el propietario del edificio y me ocupaba de la renta, nada más. Renta, renta, renta, visitar los apartamentos. En ese edificio, en vez de vivir en un apartamento pequeño, yo dije yo voy a pagar, me lo puedo pagar. Ganaba en comisiones lo que me permitía vivir. El edificio valía un millón y

medio de dólares, administrábamos cuatro edificios como ése. La dueña me decía : “Irma, tú vives mejor que yo. Dices ‘esa semana no porque me voy a tal lugar, esta semana no porque estoy regresando de tal lugar’”. Nunca recogía las cuentas entre el uno y el siete, lo hacía entre el siete y el veinte. Ni rentas, ni afectaciones, pero si había apartamentos que rentar, yo no iba a ningún lugar. Luego, a la primera ocasión, ¡vrrrrr! Afuera. Viajaba cargando a mi hija y a mi hijo. Quiero vivir bien, de hecho, quiero comer bien, pero no con ese éxtasis de que tengo que juntar hasta que tenga ochenta. Yo voy a juntar para no deber la renta, para viajar mañana y pasado, tener cinco mil dólares y seguir yendo a ver a mi mamá si me da la gana, pero no con esa obsesión de mutilármelo todo. La dueña me decía: “Yo no comprendo cómo puedes tener a tus hijos en un colegio privado. Tú eres demasiado brillante para gastártelo todo”. Y lo mismo decía mi ex marido: “Pero, ¿cómo es que necesitas viajar tanto?”.

En invierno, para mí, es una obligación fugarme de aquí. No soporto. Y le decía a Wilson: “¿Te vienes con nosotros?”. Y él: “¡Ay! Y el dinero, ¿de dónde?”. Él no quería gastar nunca. Él todo lo veía carísimo. Me decía: “Vas a ir a Lima, ¿por cuánto? ¿Cuánto vas a tener que gastar?”. A mí el dinero me quemaba. Entonces, veía cuánto tenía ahorrado y sólo pensaba en hacer un nuevo viaje. “Vámonos a Miami”, decía yo y mi hija me hacía eco: “Miami, Miami”. Cada vez que había un “especial” nos íbamos para Miami. Y como trabajaba a medio tiempo en la agencia de viajes –que siempre fue un hobby para mí–, miraba si había algún especial. La amiga con quien trabajaba ya sabía y me decía: “Irma, mira que ya salió un especial”. “Pónmelo”, le decía yo. Eso me ayudaba a cortar mi realidad del invierno. Pero creo –en base a unos principios y ahora que estoy sola sola con los tres niños– que tengo que sentarme más con la realidad de que no puedo gastar como gastaba antes.

Es que yo volé diecisiete veces a Cuba

Mi primer viaje a Cuba fue en el 85. Yo fui a tomar un curso de cuadros sindicales para mujeres por la Federación de Mujeres Cubanas. También aproveché este viaje para hacer mis primeros contactos en el hospital ortopédico para mi pierna. Allí me dijeron: “Tienes que acabar el curso, regresar al Perú y volver”. Hice el curso completo porque no se podía salir si no se hacía

el curso completo. Era obligatorio. Mi curso fue relativamente corto, entre seis meses y un año, pero era muy intensivo. Estudiábamos todo el día, cinco días a la semana. Aparte de las cubanas, éramos treinta y una personas de distinto origen.

Después me hicieron la intervención quirúrgica y me recuperé durante tres meses.

Entre marzo y diciembre del 87 fue que inicié casi diez viajes a Cuba. En ese momento vi la opción de sacar mi visa para vivir aquí. En el octavo o noveno viaje encontré que ya se podía hablar de otros *profits*. Entendí que viajar no era un problema. Para ir a Cuba no había problema. Entraba y salía como quería. Me quedaba una semana y luego regresaba, y así todas las veces.

El primer y segundo viaje estuvieron financiados por el Instituto Peruano de Seguridad Social y mi Central sindical. Existía un tratado para llevar a jóvenes para que se prepararan en el campo sindical dentro del departamento marxista leninista.

De allí los consecuentes viajes fueron viniendo por su propio peso. Fueron apareciendo condiciones. No era exclusivamente desde el punto de vista político, que era la razón de mi formación. Era más que nada económico. Lo vi como una fuente de ingresos para mí, en la medida en que Cuba estaba muy aislado, muy aislado. Solamente llevando leche en polvo, uno se pagaba el pasaje. Y es lo que yo hacía. Por ejemplo, yo traía vitaminas, agujas para inyectar, etc. Obviamente, el sindicato no me podía pagar los diecisiete viajes, pero sí se encontró medios de comercializar mi presencia en Cuba.

Otros trabajadores viajaron a Cuba en relación con la medicina, otros la agricultura, etc. Como en ese tiempo yo era muy habilidosa, me decían: “Ve tú, ve tú”, y yo siempre encontraba el medio de no implicar gastos. Me llevaba de Cuba coral, esto, lo otro y así me proporcionaba más dinero viajar que quedarme trabajando en Lima. Como un viaje a Cuba costaba unos setecientos dólares, la Federación me daba cien dólares y yo me tenía que buscar la diferencia. Mientras viajaba mi salario se mantenía y para mí era como dinero ahorrado. Aparte de la motivación política como tal, veía eso como un medio de autosubsistencia. Cuando estaba allá, miraba lo que necesitaban. Por ejemplo, si veía que querían calzones, entonces les llevaba cincuenta calzones.

Asistía a las exposiciones de libros, asistía a todo lo que había, porque me nutría intelectualmente y al mismo tiempo me aportaba dinero.

Empecé a tener una imagen política en Cuba: se me veía como un potencial político (me imagino que me percibían así). En las reuniones todos se conocían y acudía todo el cuerpo consular. Allí conocí a una persona que me habló de Canadá. Era el agregado cultural del consulado de México. Yo frecuentaba los departamentos culturales de los consulados. Él acababa de estar en Canadá y me contó cómo era allá, cómo funcionaba, su tipo de trabajo social, etc., etc. Y pensé: "Tal vez me convenga". Además, el padre de Silvana ya había salido para aquí, porque se fue un año antes de que yo saliera. Entonces cuando esta persona me comentó todo sobre Canadá yo lo vi como una buena opción.

Mi propia historia me interesa particularmente

Es cierto que mi propia historia me interesa particularmente. Me llamo Irma Núñez de la Torre Romero. Del lado de mi padre, mi apellido corresponde a la sexta generación de españoles instalados en el Cuzco. Mis abuelos y tatarabuelos fueron terratenientes muy autoritarios y de mucho poder. En cambio, del lado de mi madre, los Romero y Montesinos pertenecen a una rama bastante conocida por ser de la izquierda del país, de una fuerte tradición de profesoras de montañas, de cerros y de trabajo social. Yo llevo el mismo nombre que el de mi abuela materna, Irma Romero Montesinos, quien era prima de personajes muy conocidos en el país. Mi mamá se llama Elba Romero Valer.

Nosotros somos el fruto del choque entre estas dos raíces tan opuestas, entre estos dos poderes tan distintos.

Crecí por un lado con un padre muy autoritario, todo porque mi padre era muy diferente a mi madre.

Mis abuelos paternos habían heredado un estatus económico muy fuerte, muy fuerte y, como era lógico, toda la familia vivía de eso. Con la llegada de Velasco, fuimos expulsados de la región. Salimos a Lima en el 69, desnudos, completamente desnudos, a lo sumo con unos trapitos puestos.

La familia de mi madre contribuyó con el golpe de Velasco, apoyando la Reforma Agraria que los

militares habían planeado. Por eso, hemos crecido dentro de esa dualidad: de un lado, la versión de mi padre y, del otro, la de mi madre. Mi hermano menor y yo hemos tratado de investigar acerca de nuestras raíces, convencidos de que el autoritarismo tenía un sentido y la pobreza otro. Estábamos siempre en medio. Tuvimos bienes y nos los quitaron. Mi madre decía que era justo que nos los quitaran y hemos crecido con el concepto de mi madre, extremadamente cristiana, quien consideraba que gracias a Dios el mundo seguía viviendo y que no se podía pedir más. Mi madre se había casado muy joven, con quince años, con mi padre y le recordaba siempre lo que había visto en la hacienda de sus suegros: "¿Tú no te acuerdas cuando tu abuelo hacía fuetear a los cholos? ¿No te acuerdas cuando, para que fueran a pedirle perdón a tu padre, aparte de ser castigados, él le metía al piso unos cables eléctricos? Entonces ellos pasaban por los pasadizos inmensos que había antes de llegar a la casona principal y se electrocutaban en el camino. ¡Pobres indios! Iban corriendo y terminaban de rodillas frente al amo diciéndole: 'Perdóname por lo que te he ofendido y gracias por todo el castigo que me has dado'".

Mi abuelo vivió todo el resto de su vida amargado

Así que crecimos con esa mentalidad materna que siempre decía: "Enhorabuena que les quitaron lo que tenían, porque eran unos desgraciados malos que golpeaban a los cholos y abusaban de ellos". ¿Pero qué sabía el indio? El indio no sabía nada y de ahí que la Reforma Agraria se convirtiera en nada. Nosotros fuimos creciendo con esa dualidad y mi abuelo paterno murió con la rabia adentro, porque después de eso nunca fue más nadie. Nunca. Pasaron veinte años entre la llegada de Velasco y su muerte, y él se la pasó peleando por recuperar sus terrenos que nunca recuperó. Inmensidades en las Pampas de Anta, a unas cuantas horas de Cuzco. Eran zonas agrícolas y zonas caleras. Mi abuelo tenía una fábrica de cal cerca del Urubamba. Nunca se repuso de lo que le habían hecho. Vivió todo el resto de su vida amargado, peleando por sus bienes. Nunca hizo más nada, nunca trabajó y lo único que hizo fue ver abogados, abogados, abogados para tratar de recuperar lo que había perdido. En ese tiempo se le quitaba al que no trabajaba la tierra y mi abuelo era uno de ellos. Él sí explotaba la tierra,

pero no la trabajaba. En cambio, un sobrino suyo que justamente apoyaba el movimiento de Velasco, sí la recuperó. Él escondió a todos los rebeldes dándoles protección en sus tierras y fue el único que se quedó con ellas. Crecimos en medio de esa confusión. No sabíamos si tirar del lado de mi papá o del lado de mi mamá, o sea, más bien libres en ese aspecto. Si antes del 68 tuvimos algo, después no quedaba nada. Y si queríamos construir, no había nada.

Con excepción de este tío abuelo, salimos completamente desnudos, incluyendo a mi abuelo que era el dueño de todo. Mi abuelo salió en calzoncillos. Lo metieron en un camión amenazándole: "O te vas tal como estás o te matamos". Y mi abuelo llegó a Lima envuelto en una manta.

Desnudos nos sacaron porque eran las tres de la mañana. No permitieron que juntáramos nuestras cosas, que lleváramos lo que podíamos, que lleváramos el dinero. Irrumpieron de noche y nos mandaron a todo el mundo a volar.

Así que llegamos a Lima sin siquiera una arroba de papas, como dice mi mamá. Me cuenta ella que sólo le dejaron que alistara mi *caliper*, porque yo era una niña enferma. Pero, por lo demás, todos salimos tal como íbamos. Nos metieron en un camión que nos trajo hasta Lima. Así se aseguraban que las personas no se quedaban en el medio. Murieron muchos terratenientes asesinados por haberse negado a salir. Aunque tuvieran armas, no pudieron luchar contra la insurrección que era muy fuerte en ese tiempo. Por otra parte, el propio gobierno era el que había ordenado el desalojo y no había gran opción para ellos. Llegamos desnudos a buscar qué ponernos, a buscar dónde comer.

Las tierras se hicieron propiedad del gobierno. El gobierno las dividió entre el campesinado que atendía la hacienda, pero, como no fueron educados para eso, se perdió la reforma. El único que no ha muerto hasta el día de hoy es el Gregorio, el que dirigía a todos los peones. Según mi padre cuenta, ése fue el que se quedó a cargo de la hacienda y dividió la hacienda en equis segmentos, con equis cantidad de trabajadores que había, que eran muchos, muchos, muchos.

Llegamos a una zona horrible de Lima

Y crecimos. Llegamos a una zona horrible de Lima, un lugar tan feo que mi padre decía: "El peor castigo es que nos haya acogido la familia de unos antiguos peones de mi padre". Uno de ellos había sido el chófer de los camiones de mi abuelo, que llevaba la leche al Cuzco, y nos ofreció una habitación que le rentamos por unos dos o tres meses. En un principio, el hombre le regaló a mi papá plata para que compráramos ropa y nos alimentáramos. Pero, obviamente, no nos iban a mantener. Nos alojamos en esa habitación todos, todos, o sea tres hermanos de mi padre, mi abuelo, mi abuela y nosotros cinco.

Al principio éramos como diez personas viviendo en un mismo cuarto. Los tres hijos dormíamos debajo de la mesa porque no había lugar y, como éramos los más pequeños, pues mi mamá nos acomodó un espacio debajo de la mesa. Me cuenta mi madre que mi papá tenía que buscar un trabajo y mis tíos también. Eran todos muy jóvenes, muy, muy jóvenes. Y había que pensar de qué íbamos a vivir. Había que trabajar para mantener primero a los abuelos y luego al resto de la familia. Y mi padre, por ser el hijo con más responsabilidad, era quien tenía que trabajar. No había otra alternativa. Así que en vez de comer nosotros los dos panes que él traía, había que dividirlos en diez. Fueron momentos muy difíciles, muy difíciles.

Fue la tierra que nos recibió y debemos mostrarnos agradecidos

Vivíamos en el barrio de Villa María, muy cerca de Villa del Salvador, después del puente de Atocongo. Luego, nosotros no hemos cambiado mucho de zona, pues mi padre instaló su taller de mecánica allí. Considero que ése era el lugar donde él y su familia deberían vivir, porque fue el primero que nos recibió cuando llegamos a Lima. Pensaba: "Fue la tierra que nos recibió y debemos mostrarnos agradecidos". Mi papá decía: "Yo voy a plantar aquí mi árbol porque aquí nos recibieron, no importa que se esté derrumbando o que haya otros lugares mejores". Mientras que los otros miembros de la familia que inmigraron en las mismas condiciones se fueron a vivir a lugares muy lindos por Surco, Lince, Chacarilla. Animaban a mi padre para que hiciéramos como ellos pero él decía que no, decía: "Yo no voy a comenzar la misma historia. Esto me recibió y aquí me quedo. Debo de ser

agradecido con esta tierra”.

Después, mi padre compró un terrenito chiquito en el que se construyó nuestra casa. Vivíamos con muchas limitaciones, con muchas limitaciones. Mi padre trabajaba mucho. Mi madre se ocupaba de sus cinco hijos. No era el gran lujo, pero nunca nos faltó un ama o un empleado, jamás, jamás. Siempre hubo un chiquito para hacer el mercado y la mujer que le ayudaba con nosotros a mi madre. No se podía vivir sin amas, sin tener a quien explotar. Era parte de la idiosincrasia social.

Al nacer siempre te ponen una muchacha, siempre

Cuando vivíamos en la sierra, tuvimos a una nana que se llamaba Anita. Al nacer, siempre te ponen una muchacha, siempre. Siempre tu nana te cría, o sea, tu nana te tiene que criar. Como un hábito. Yo tuve la Anita, como que le decíamos. Ella era también de las pampas de Anta, del Cuzco, igual. Y allá se acostumbra que la nana viene del compadrazgo del terrateniente, o del que tiene con la gente indígena, que te regala a sus hijos, porque no los puede alimentar, ni educar. Entonces, te hace su madrina y es su hija, la adoptas. Por supuesto que no reciben sueldo, o sea, le das qué sé yo. Si las llevas a Lima, pues, tienes que darles un sueldito, un pago miserable, pero les das techo, comida, educación y, bueno, comparten contigo la vida. Y es así como en dos, tres, cuatro años despiertan y empiezan a encontrar otras cosas, se educan, se van, pero hay cincuenta otras que están dispuestas a venir desde la sierra. Mi abuela era especial en eso, siempre nos mandaba una u otra. Mi nana Anita me acompañó hasta que salimos del Cuzco en el 69, o sea, nueve años de mi vida.

Por ser mi abuelo ingeniero en mecánica, mi padre quiso trabajar en todo lo relacionado a lo que era la herrería, a los carros. Mi padre tomó unos cursos aquí y allá, pero nunca se tituló. En los Estados Unidos se puso a buscar una carrera más o menos similar que le permitiera vivir decentemente. De los demás hijos de mi abuelo Fabián Nuñez de la Torre, ninguno hizo nada. Ninguno. Ninguno pasó por la universidad. Mis primos estudiaron porque sus madres los empujaron, pero jamás sus padres. Un tío abuelo había conseguido una casa con diez habitaciones en Miraflores porque, aunque nunca hizo nada, supo cuidar lo que tenía. Nunca estudió pero

tenía dinero, y no lo dejó perder. Porque él, en el 66, salió del Cuzco al ver que la cosa se ponía fea y se llevó todo lo que tenía. Cargó con todo y jadiós!

Tuve un accidente que hizo que me trataran con mucho cuidado

Yo soy la segunda de cinco hermanos, pero a mí me atendieron de manera distinta porque cuando tenía alrededor de un año tuve un accidente que hizo que me trataran con mucho cuidado.

Cuando tuve el accidente, ya me estaba parando, caminaba con un andador. Vivíamos en un hotel en el Cuzco y me rodé las escaleras abajo con el andador puesto. Entonces el andador era de madera con varillas de fierro. Yo rodé y el andador se quedó atravesado en mis caderas. Desde ese tiempo me consideraron una niña convalesciente hasta *forever* y siempre fui privilegiada. Nunca me dejaron hacer nada. Me cuidaron mucho, haciendo lo posible para que no me faltara nada, a pesar de lo poco que teníamos después de la expropiación. Yo ya era una niña, tenía ocho años y nunca supe que había problemas en este mundo, nunca, nunca. Para mí, todo era maravilloso. Si pasé hambre, no me acuerdo, si pasé frío, tampoco. No viví esas experiencias y tuve la suerte de ser criada así, de que mi madre se ocupara muchísimo de mí, siempre. Y mi padre igual. Por ser yo un poco distinta, mis padres les decían a mis hermanos: “Es que está delicada, está enferma, hay que tener mucho cuidado con ella, no le digan eso, no le digan lo otro”.

Después del accidente me mandaron a Lima, donde me hicieron una primera operación a los dos años, dos años y medio. Se trataba de una operación nueva para la época y había que volver a Lima siempre. Ésa fue una de las razones por las cuales mis padres decidieron quedarse en Lima más tarde. En total me operaron cuatro veces. La última vez fue en el 86, en el exterior del país, en Cuba. Cuba era uno de los países que ofrecía las mejores intervenciones de orden ortopédico. En efecto, el hospital *Frank País* donde me operaron, es el más famoso hospital ortopédico en el mundo. Allí me hicieron una corrección del talón, que era una consecuencia de operaciones anteriores que tuve cuando yo era más joven. Me hicieron la corrección y me *artrodezarón* un dedo. Para el famoso doctor

Álvarez Cambras, quien había inventado la manera de estirar los huesos, mi caso era una mosquita comparado con otros casos muy graves que solían tratar. Me atendió un asistente suyo y declaró que mi caso era como un juego de muñecas, una tontería. Fue la última operación que tuve.

Me siento feliz, ¿de qué me podría quejar?

Creo que estos antecedentes hicieron de mí una niña un poco engreída, un poco consentida. No pienso que he tenido una infancia con grandes secuelas del accidente. No he conocido grandes dolores que me hayan marcado, que me hayan hecho una mujer diferente. En realidad, no recuerdo haber sufrido tanto, aunque mis hermanos digan lo contrario. Ellos me dicen: “¿No te acuerdas de cómo llegamos a Lima?”. Siempre pienso que estoy tan llena que las partes malas no las veo, no las toco. No le veo la cara fea a las cosas, no la veo.

Cuando veo los reportajes, los documentales del África y de cosas que pasan en estos países, amo más la vida todavía. Amo lo poco que tengo y me siento riquísima. Me siento feliz cuando abrazo a mis hijos, los veo y digo: “Es que tengo un montón de manzanas que me están sobrando”. Me siento feliz, de qué me podría quejar. Si pasé hambre, no lo recuerdo. Y seguro que tuve algo que comer, porque no he muerto. Nunca he tenido anemia, nunca he sido mal nutrida. Mi mamá me dice: “Tú eras tan feliz”. Me recuerda que cuando tenía la prótesis, cuando cargaba la bota de fierro, la jalaba y decía: “Es que me duele mucho mi piernita, mamita, ¡oh, cuánto me duele!”. “Llorabas –me dice mi mamá–, pero agarrabas tu piernita y seguías jugando igual”. Nunca he creído que eso podría ser un *handicap* para desenvolverme en la sociedad o que me creara complejos, porque el mundo me viera con mi *caliper* completo sin el cual no me podía parar, no podía caminar. Durante toda la primaria fui al colegio con esta pierna ortopédica que es como un tubo que te meten para que te pares, para que te sientes, para que arrastres, porque mis piernas no me obedecían. Cuando me la quitaron, fue una libertad más.

Mi madre, cuando yo era muy niña, me ofreció al Señor de los Milagros

Mi madre, cuando yo era muy niña, me ofreció al

Señor de los Milagros para que me salvara y me cuidara, y me hizo llevar un hábito. Eso correspondía a nuestros conceptos místicos. Y cuando yo empecé a caminar, como a los quince años, dejé el hábito. Caminar sin fierros, sin parrillas... la libertad pura. Siento que desde que he comenzado mi vida, por una razón de milagro de la existencia, nada me duele, nada me molesta. ¿De qué me puedo quejar?

En el año 94, fuimos con mis padres a recorrer la zona de mi infancia, por las Pampas de Anta. No logramos visitar la casona de mis abuelos, donde también nosotros vivíamos, ya que mis padres eran muy jóvenes cuando se casaron. Mi abuelo tenía tres haciendas de unas cien hectáreas cada una. Estas tierras incluían montañas. Y había esa casona enorme donde vivían todos los hijos. Mi padre era el que se había casado y mi madre, por supuesto, tenía que vivir allí. En la época de cosecha vivíamos en Cuzco, en un hotel. Fue en una de esas ocasiones que me caí de las escaleras. Durante seis meses vivíamos en la hacienda y los otros seis, con la ganancia de la hacienda, vivíamos en el hotel. No sé por qué, en ese tiempo, se acostumbraba así. Parece como que a vagabundear. Mi abuelo siempre fue muy gitano y, por cierto, nos decían “los gitanos”. En cuanto mi abuelo recibía su dinero se desaparecía, o sea, viajaba. Pero en vez de irse a Europa –con las ganas que tenía de visitar Inglaterra y conocer España, la tierra de sus antepasados– se iba a Lima, que en ese entonces también era una gran expedición. Mi madre se preguntaba: “¿Qué hace allí?”. Según ella, ese viejo se llevaba toda la plata y se metía en un hotel durante seis, siete meses y, por supuesto, regresaba a sembrar nuevamente.

El abuelo fue el peor de los herederos, porque nunca hizo crecer nada. Él se lo comía todo, lo desaparecía todo. Me cuenta mi tío, al ver que a mí me interesan las cosas antiguas, que antes teníamos unos murales en pan de oro y otras cosas de valor que se usaban... como un juego para matar a las palomas. Él me contaba: “A flechazos tirábamos las palomas, a pedradas, cuadros abajo. Mi padre tenía escondido en un hueco del piso un montón de liras que nosotros sacábamos para regalárselas a las cholas. También las usábamos para hacer collares. Ni sabíamos qué era”.

De los tres hermanos que eran, mi abuelo fue el peor. Él fue ingeniero mecánico pero nunca jamás

tocó nada. Estudió porque tenía que estudiar, porque le tocaba estudiar, pero nunca hizo nada, jamás. Nunca pensó en decirles a sus hijos: "Cuiden de ustedes, si no, ¿qué va a ser de ustedes?". Esas eran las críticas que mi madre le hacía.

Siempre hay un mañana para ver

Mi papá era idéntico, idéntico a mi abuelo. Él pensaba: ¿para qué juntar? ¿Para qué ahorrar? Y se gastaba todo. Y si hay mañana, hay. Siempre hay un mañana para ver. Si hay brazos, si hay piernas, se trabaja, decía mi padre. Pero, comparado a sus primos, la diferencia era muy, muy visible. Por eso mi mamá decía: "Yo que los he visto crecer, porque estuve con tu padre desde el principio, vi cómo tu abuelo trataba a tu abuela. Ella no tenía derecho a opinar, punto. Ella dormía, se levantaba y comía. Le llevaban la comida a las habitaciones y ella nunca salía porque siempre estaba enferma. Era una mujer muy enferma. Y nada, nunca dijo: "¡Óyeme! Qué te parece si...". Esa fue la educación que recibió mi padre. Y una de las experiencias más fuertes que cuenta mi mamá es que, por ejemplo, cuando a mi abuelo se le acababa el dinero en Lima, mandaba vender las vacas lecheras. Entonces mi mamá, que venía de una crianza muy diferente, porque la humilde era ella y no mi padre, le decía a su esposo: "¿Dónde se ha visto que en una hacienda donde se vende leche (porque era una hacienda ganadera que producía leche y donde se vivía también de la siembra), se van a vender las vacas lecheras?". Algunas veces, mi abuela lograba oponerse hasta que mi abuelo venía y de repente pues, se iban cinco, seis, siete vacas lecheras por miserias. Mi abuelo jugaba mucho. Desperdigaba mucho el dinero en el juego y también en las mujeres, me imagino, lo cual era muy típico del blanco en ese tiempo.

Y crecimos con eso, con el conformismo de mi padre que solía repetir: "Yo trabajé". Es cierto que tuvo que trabajar muy fuerte, trayendo el pan de cada día, y nosotros teníamos que conformarnos con eso. Mi madre, que era profesora, se hizo profesora a fuerza del castigo, como se dice. "Me casé con quince años con tu padre. Ni siquiera la secundaria había terminado". Hizo la secundaria y todos los estudios en Lima, después de que hubiéramos nacido los cinco. Cuando Luz Bella, mi hermana menor, tuvo cuatro años, mi mamá dijo: "No, así me rompan el alma, yo voy a estudiar, y a estudiar, y a estudiar". Y lo logró.

Pero nunca pudo realizar lo que era. Le costó lágrimas y dolores hacerse profesional porque mi papá no la dejaba, obviamente. Ella pudo trabajar como tres años en un colegio. Mi papá no nos pegaba pero para todo había que pedirle permiso. Incluso mi madre le tenía que pedir permiso: sumisión absoluta. Hoy es distinto. Mi mamá aprendió a valorarse en los Estados Unidos. Mi mamá aprendió a amarse quizás en este tiempo.

Cuando nos fuimos a Lima, estuvimos como dos años sin nadie para ayudar en la casa. Vivíamos todos metidos en una caja de zapatos. Nadie trabajaba, nadie sabía cómo organizarse sin dinero, sin nada, pasando las mil y unas para tratar de buscar qué hacía cada cual para sobrevivir. A los dos años, mi abuela materna, quien no había dejado de vivir en la sierra, nos envió a una muchacha para que ayudara a mi madre. Toribia se llamaba. Pero en Lima no es como en la sierra, las costumbres son diferentes y, después de cierto tiempo, unos tres o cuatro años, las nanas o encuentran otra cosa o se regresan a su tierra. No duran una eternidad como en la sierra, sólo duran el tiempo en que despiertan. Y Toribia se regresó a su pueblo sin haber aprendido realmente a hablar español. Siempre vestía igual, siempre con sus polleras. A cada cosa que se le decía se ponía colorada, se escondía con todo. Era muy pura en su mundo, muy cariñosa. Con nosotros hablaba una mezcla de quechua y español y con mi madre, sólo hablaba quechua. Mis padres y mis abuelos hablan perfectamente quechua mientras que nosotros muy poco, desgraciadamente.

En la época de Velasco se dictó una ley que imponía la enseñanza del quechua en los colegios. Entonces, mi madre, que era quechuahablante, tomó un curso de sintaxis para ser profesora de quechua.

Con esas ideas hemos crecido...A la virgen y al niño hasta panes se les hacen

Nosotros, gracias a esos conocimientos de mi madre, crecimos con la cultura quechua adentro. Por ejemplo, nunca perdimos nuestros hábitos de la comida, que resulta ser muy serrana, muy típica. En Lima, mi abuela mandaba por camión el carnero del Cuzco, los cuyes, las papas, los choclos del Cuzco. Es que en Cuzco los sabores eran distintos, totalmente, totalmente distintos. Y nuestras tradiciones, debido a que mi abuela materna todavía vive, no se han perdido. Siempre

mi abuela decía que el cordero de Lima no sabe igual, sabe a animal mal nutrido, sabe horrible. Tampoco se cocina igual. Por eso se mandaba traer todo desde el Cuzco. Y es cierto que para nosotros la carne de la sierra sabe diferente, la papa también tiene un gusto distinto al que tiene en Lima, la tierra misma es distinta. La tierra de la sierra huele. Mi mamá decía: "Tú no puedes comparar una mano de habas que viene de la sierra a las que producen en Lima. Las habas de allá son unas habotas gordas por la calidad de la tierra".

Otro ejemplo es el cuy, que forma parte de la alimentación serrana y que el limeño no suele comer. Ahora sí se encuentra en los restaurantes típicos de Lima, pero es de nosotros, es una parte nuestra, porque el serrano es carnívoro mientras que el limeño come mucho pescado y mariscos. Como no tenemos, no producimos eso y los consideramos sabores de otro mundo. Nuestras raíces han sido muy fuertes, muy, muy fuertes. Y con esas ideas hemos crecido.

A nosotros los cuzqueños, una de las cosas que más nos representa es el niño Dios. En pocas partes del mundo se puede observar tanta idolatría religiosa como la que se hace en el Cuzco. A la Virgen y al Niño hasta panes se les hacen. Mi abuela también hacía esos panes y en la casa no podía faltar ni el pan, ni los fideos hechos por la abuela. Y no se han perdido esas raíces, como tampoco se han perdido nuestros valores.

Sin embargo, en la familia jamás hemos acudido a curanderos, porque mientras mi padre viene de un grupo que no cree en nadie, mi madre es de un grupo extremadamente católico. No se permitía que hubiera otros espacios. Mi madre nos enseñó que al que profana la ley cristiana se le vuelve en contra y se le cobra siete veces. Curiosamente hoy día mi madre, quien vive en los Estados Unidos, pertenece a una rama católica que practica la sanación por medio de las manos y su energía, por las emanaciones del espíritu y cosas de esa naturaleza. Es un grupo carismático. Oran mucho y sanan en grupo, supuestamente. Mi mamá cree muy fuertemente en el poder de Dios mientras que mi padre dice: "Si tú crees en una piedra, se levanta".

A la abuela materna mi hermano y yo siempre le hacíamos muchas preguntas sobre su época: ¿Qué hacían, qué no hacían, dónde estaban, qué

pasó en ese entonces? ¿Por qué se rebelaban los Montesinos? ¿Dónde estaba la parte justa, la parte injusta? Siempre hemos sido muy preguntones.

El tiempo ha pasado muy rápido y una de las pocas experiencias vividas que yo recuerdo de mi infancia en la sierra es que siempre fui una niña con una gran emotividad. Recuerdo, por ejemplo, el enorme impacto que tuvo sobre mi imaginación la fiesta del Inti Raymi, que se lleva a cabo el 24 de junio en el Cuzco. Debe haberme chocado muchísimo la visión de la llama que mataban y luego su corazón que sacaban, porque nunca se me ha borrado de la mente.

También recuerdo la calera (donde se producía cal) que pertenecía a la hacienda de mi abuelo y que recorría montada a caballo –de costado, por supuesto– mientras alguien me cargaba. Yo era una niña de cinco, seis años y todo me parecía gigantesco, todo me impresionaba. Hasta el caballo era un monstruo para mí.

Mi padre trabajaba en una ciudad y luego en otra, y en otra. Por eso Adrián, mi hermano menor, nació en Madre de Dios. Y recuerdo como si fuera ayer, los carnavales en la selva. Hacía mucho sol, había muchos colores, mucha vida. Sólo recuerdo las cosas que me han marcado profundamente y me quedan imágenes muy vivas, muy, muy vivas. Mi hermano Augusto sí recuerda con mucha precisión cuando tenía dos, cuatro, cinco años, tiene una mente cronológica, mientras que yo no, nunca le he dado atención al tiempo. La vida se vive y lo que me queda lo guardo, lo almaceno en mi mente. Cuando mi hermano me pregunta: "¿No te acuerdas?", le digo que no, que no me acuerdo. Aunque yo sea mayor que él, mi mente no ha grabado, no ha registrado los mismos espacios que él. Recuerdo algunos detalles de mi vida, pero mi álbum de recuerdos es bastante limitado. A veces veo fotos de la familia de mi madre, de mi abuela, cuando mis hermanos eran pequeños, y me doy cuenta que se me habían escapado muchos detalles.

Una mujer no puede hacerle eso a su marido

Con mi pareja hubo un momento en que las relaciones fueron imposibles. En ese tiempo yo me enfermé mucho y tuve que dejar de trabajar. Me puse tan nerviosa que no me podía controlar emocionalmente, era muy difícil porque siempre

guardaba la imagen de mis hijos en la mente. Los tenía que preservar de lo que nos estaba pasando. Era incapaz de concentrarme en el trabajo y sentía que perdía el control de mis propios valores. Me sentía culpable de todo, sentía que a Wilson lo había destrozado y yo me había hecho pedazos. A mi madre no le cabía en la mente que nos íbamos a divorciar. La sicóloga que consultaba me dijo: "Lo que pasa es que usted era como un gran..., como un *serveur*, que... ¡clac! Usted lo *desplogó*, lo desconectó, y el tipo murió. Se vino abajo, ¡*down!* ¡chao! Y entonces por eso usted se siente culpable".

A través de lo que era la religión, la psicología, todo lo habido y por haber, busqué una solución que me ayudara a ver qué hago, cómo manejo esta situación, cómo enfrento a mis hijos. Ellos habían decidido quedarse conmigo, definitivamente. Intenté tranquilizarme pensando que después de un año, después de dos todo pasaría, todo se calmaría.

Silvana iba a cumplir dieciocho años y fue el brote. Nosotros, como muchos padres, le habíamos comprado un REER, un fondo de ahorros para sus estudios. Y como ya me había estabilizado un poco, le dije a Silvana: "¿Sabes qué? Como vas a cumplir tus dieciocho años y todavía podemos pagar tu *college*, voy a llamar al banco y pedir que en vez de que nos manden ahora ese dinero, que lo cambien al año que viene, o al que sigue, porque el primer dinero va al padre, o sea, tu papá va a recoger esa plata. Así se podría juntar para cuando te toque la universidad, que va a ser más caro".

Habíamos ahorrado desde que Silvana tenía seis años. Cuando llamé al señor encargado de esos fondos, porque también lo había hecho para mi hijo Alejandro, me dijo: "Señora, ¿pero cómo, si usted ha cancelado todo?". Y yo negando esa afirmación. Él insistió: "Sí, eso se canceló hace casi un año". Yo no entendía porque la niña todavía no había cumplido sus dieciocho. "No, señora, todo ese dinero fue retirado", me dijo entonces. No lo podía creer. Confieso que lloré, grité con todas mis fuerzas. Pensé primero que nos habían robado. Como nos habíamos mudado en ese periodo de tiempo, algo había pasado. Aunque me dijeran que Wilson podía hacer muchas cosas, para mí, él no era capaz de eso. A mí me dijeron: "Y, ¿no crees que podía habérselo cogido Wilson?", y yo jurando que jamás. Que jamás él tocaría el dinero de sus hijos. ¿Quién

haría eso con su propio hijo? "¿Sería él tan perro de haberlo hecho? No, imposible". Entonces, lo llamé. Ya el diálogo entre nosotros era muy poco, muy mínimo, y le dije: "Wilson, mira, ha pasado esto. He llamado al banco para hacer unas gestiones y me dijeron que el cheque se cobró, pero es un cheque firmado por los dos, no entiendo". Luego le conté a Wilson que el encargado me había dicho que yo podía presentar un documento comprobante para que nos devolvieran ese dinero. Pero, lo peor de todo era que, como había pasado un año desde que se había sacado el dinero, ya no era la bolsa sino el ahorro de la bolsa, o sea que la bolsa ya se había perdido. Me explicó que si comprobaba eso pues podrían activar, volver a pagar y entonces, sí, íbamos a recibir lo que nos toca.

Wilson me respondió: "No hagas nada porque ese dinero era mío y yo me lo cobré". La única explicación suya fue: "Te quiero joder". Me costó aceptar que también sus hijos tuvieran que pagar ese precio. No me dejaba ninguna escapatoria: "¡Ah! Como a ti te gusta que la niña vaya al colegio privado, ¡mátate! ¡Ah! Como tú quieres que estudie en la universidad, ¡mátate!". O sea, así lo entendí yo.

A la niña le dijimos que hablara con su padre, pero... era imposible, y jamás, jamás. Él era un tipo noble, honesto, listo, la pecadora era yo. La basura he sido siempre yo. La que siempre se ha metido en mil y una cosas he sido yo. Él, ¡jamás! Era intachable, un hombre intachable. Me cortaba un brazo, me ataba la cabeza y yo decía: "Échenme a mí la culpa, porque él jamás". Y el colmo es que yo le entregué los famosos cheques a él. Porque todos los sobres que llegaban dirigidos a él, yo se los daba. Y yo nunca pensé que él haría eso con nuestra cuenta mancomunada. Jamás, jamás. Y lo hizo. Y no sólo hizo lo de nuestra hija, sino también lo de nuestro hijo. Hasta no supo calcular. En vez de esperar un año y quedarse con su dinero ahorrado, lo retiró antes de que se venciera. Silvana cumplía su contrato en abril y lo retiró en noviembre. Él retiró el ahorro, pero no retiró la ganancia.

A Silvana le dije: "Tu papá sacó todo el dinero". Él le dio una explicación: "Fue tanto el trauma que dejó tu madre que me pasé un año sin trabajar, y de qué comía. No tenía dinero para pagar mis gastos y me lo tuve que sacar". Para mí fue tan poco hombre que no dijo: "Silvana, estoy robando

los diez mil dólares que ahorré en ese tiempo. Que serían cincuenta mil cuando tú terminaras la carrera. Te he cogido los diez mil dólares, te puedo dar dos mil, mil, los voy a poner en una cuenta, porque como tu madre es tan mala y tan perversa, se los va a gastar. Cuando tú creas necesario, me lo pides o lo usas". Él no fue capaz de comentar conmigo lo que había hecho y cuando quise recuperar lo de Alejandro, ya no pude porque el señor me dijo: "Señora, el seguro ni bobo que va a devolver atrás". Lo de la niña fue una pérdida de cuarenta mil dólares, ¿Por qué los cobró antes? Como teníamos una cuenta mancomunada no era necesaria mi firma.

Sus valores humanos y su basura humana eran muy grandes. Él hizo lo que no debía. Y ahí quedó sepultado *forever, forever*. Ese día quedé sin culpas, sin remordimientos, sin nada. Yo le dije: "A partir de hoy, más nunca te dirijo la palabra, nunca". Cuando llama por teléfono y pide por Alejandro yo le cuelgo y él sabe que Alejandro no está. Y cuando el niño regresa le digo: "Alejandro, tu papá te ha llamado".

La única promesa que he hecho ante Dios es que si algún día estuviera enfermo, y como la única familia que tiene son sus hijos, habría que atenderlo. En ese aspecto no me niego. En el valor humano. Es decir, si estuviera solo o enfermo pues tendríamos que ir a atenderle, y tendría que hacerlo como una respuesta; al fin es justo. Pero, por lo demás, yo no tengo por qué hablarle. Porque si me quiso lastimar, lo hizo. Ahora a mí no me saca ni un: "¿Estás bien?", o "espérate un momento", o "¿sabes qué? La niña no está", o "el niño no ha llegado", o "tengo este problema". Nada, nada. Yo soy muy radical en esas cosas y como le digo a Silvana: "Tú has crecido a mi imagen, tú ves que yo te doy voluntariamente y no necesito que me lo quites. Pero cuando reacciono y digo que estoy dando en vano, y no sirve, no voy a dar más, se acabó". Tampoco soy loca, ni idiota...

Wilson es un tipo alto, fuerte, muy guapo, muy bien plantado. Emplea un léxico impresionante y habla de Dios por todos los costados, muy moralista.

Nunca le ha faltado el trabajo, pero se desestabiliza fácilmente y entonces deja el empleo para buscarse otro. Cuando nos divorciamos, él recién empezaba a estudiar en el *Collège Herzing* y dijo que yo le había quitado todo, todo, que lo había desactivado y por eso no

pudo continuar sus estudios, no pudo hacer absolutamente nada, porque lo enloquecí. No trabajó durante casi tres años que es el máximo tiempo de la ley y, para que yo no le pidiera nada, no declaró impuestos.

¡Chao! se desapareció. Él quería castigarme y cuando me empezó la urticaria causada por el estrés me dijo: "Lo que tienes es lepra, así Dios te cobra. Te está cobrando, estás pagando". Yo tenía tales traumas que cuando me ponía a discutir con él empezaba a enroncharme. Me ardía todo el cuerpo. Se me hinchaba la boca, los ojos, la cara, era una cosa que poco a poco se volvía más fuerte, más fuerte y más fuerte. Y yo no encontraba la manera de pacificar esa situación, no la encontraba. La verdad es que no sabía qué hacer, y cada vez menos, cada vez menos. Pensaba: "Esto no es normal. ¡Ay, Dios! Que no nos vaya a faltar algo económicamente". Fue un choque verme sin nada, teniendo que hacer una declaración algo parecido a la *faillite*. Me dejó desnuda con la idea de que en algún momento, desesperada, tendría que tocarle la puerta. Pero yo antes me muero de hambre. En realidad, éste es un país con soluciones, pude meterme en el *bien-être social*, por ejemplo.

Mi familia no lo supo nunca. Nunca, nunca. Acabé alojándome en un centro de mujeres maltratadas, donde estuve dos meses. Me ayudaron mucho. Me decían: "Un día a la vez, no te preocupes. De aquí, y en el peor de los casos, pues, si tu trabajo no te alcanza, te vamos a conseguir algo, y te va a ayudar el gobierno con una *assistance d'emploi*. Y te ayudaremos con la comida. Y, si hace falta, te puedes quedar aquí dos o tres meses, un año, si quieres".

Empecé una terapia para persuadirme de que el mundo no se había acabado. Pero fue muy duro, muy duro porque no podía dejar de pensar que alguien tan noble, como lo veía yo, fuera capaz de algo tan bajo, tan bajo. Después entendí que era puro cuento cuando decía que me amaba y que se moría por mí. Cuando él no estaba en sus ataques de violencia, yo le decía: "Si tanto me quieres, ayúdame, enséñame que yo vea que estoy equivocada. Y cuando veas que me he caído en esa pendiente, ayúdame a levantarme, porque si estoy tan equivocada, seguro que voy a reaccionar. Y te diré: Es cierto que estoy metiendo la pata, y volveremos a ser amigos. No me parece adecuado lo que hiciste. Me amargaste la vida pero heme aquí. La respuesta

de veinte años de conocernos. Pero no me pises, no me tortures, no me acabes la vida. Mira cómo me estoy enfermado, no puedo trabajar. No puedo concentrarme”.

Estaba casi loca, y no me podía concentrar. No podía hacer nada. No podía hacer nada. Hasta que, como yo digo, enhorabuena que se gastó ese dinero que finalmente fue una miseria. Enhorabuena que me dejó en la calle. Porque la necesidad me obligó a pensar. Yo me mudé a este apartamento vacío. No teníamos nada más que dos colchones mis hijos y yo. Antes le dije a él: “Cógetelo todo, llévatelo todo”. Él se quedó con todo y yo salí con mi maleta de ropas y mis dos colchones. No me importaba porque sabía que iba a encontrar trabajo. Sabía que me iba a levantar y tenía que sacudirme de esa vivencia. Pensaba: “Irma, te estás metiendo en lo que él quiere que tú caigas, hasta que le supliques”. Así empecé a despertarme.

Me mudé a una cajita de zapatos en NDG. Tenía sólo dos habitaciones y un comedor. Pero lo importante era tener donde dormir abrigados. Nos quedamos ahí como dos o tres años. Esos dos años transcurrieron entre llantos y sentidos de culpas y desgracias. Después, ya más despierta, empecé a decirme: “O te sepultas o vives”. Poco a poco, empezamos a recuperarnos. Trabajé más, me organizaba mejor. Hice de todo. De todo, de todo. Seguí trabajando en la clínica. La dueña me ayudó muchísimo, hasta me prestó dinero, me prestó de todo. Me ayudaba también con mi hijo Alejandro y me decía: “Irma, yo te he visto, hace más de diez años que te conozco. Te pasabas el tiempo diciéndole: ‘Te levantaste, ya saliste, ya te paraste, llegaste al trabajo’. O sea, a mí no me puedes decir lo que has vivido. Ya llevabas estas cosas, ya...” .

Ella y su esposo me ayudaron mucho. Me apoyaron cuando a Wilson lo metieron preso dos días, porque no sólo había amenazado sino que me había golpeado. Ésa fue la razón, la gota de agua que colmó el vaso para el divorcio. Porque, en realidad, nosotros teníamos muchos problemas. Pero el metro cuadrado que separa a una mujer del mundo externo jamás se justifica por un golpe. Y yo le decía: “Acuérdate que te dije que el día que tú me toques, ese día rompiste el hechizo. Porque aunque yo me sienta culpable o responsable, o te deba un millón de razones en la vida, el día en que me toques, así nada más, ese día yo me voy”. Siempre le decía lo mismo: “Yo

me voy. Y te dejo como sea, aunque me muera, aunque me tenga que volver a Lima, no importa”. Y dio la casualidad, como él decía, que fui tan inteligente yo que lo “obliqué” a golpearme. Porque él jamás lo había hecho. Para mí eso fue “ok”, la primera, entiendo. Ok, está bien, justificable. La segunda... ya empezó como a cogerle vicio. Pensé: No, yo no me voy a defender, no me podía defender porque él es un tipo fuerte y si uno se metía a pelear con él, terminaba como un cuadro en la pared. Así es que le dije: “Mira, vuelves a pegarme y puedes estar seguro que la policía va a estar aquí. Puedes estar seguro que no voy a volver a permitirlo”. La primera vez que me pegó entendí. Fue una primera cachetada, me la dio a la una de la madrugada, yo estaba dormida, con el niño al lado, porque ya dormíamos separados. Me dijo: “Me has engañado”. “Sí, te he mentado, es verdad. Sí, me lo merezco”. Pero un golpe no se justifica, culpable o no. Al día siguiente le dije: “Mira, sí, yo te engañé, te menté, no te dije lo que debía decirte, bien, pero no vuelvas a tocarme porque lo vas a pagar”. Y él: “Que no sé qué, que yo soy un hombre”. Y yo: “No te pongas en ese plan porque tú me conoces, lo poco que queda, lo vas a ahogar”. Por la tarde quiso pegarme otra vez. Me golpeó en los brazos y mientras yo trataba de cubrirme la vecina de al lado llamó a la policía. Cuando la policía llegó yo tenía marcas de sus manos en mi cara, estaba enrochada. La policía dijo: “No. Usted, señora, puede decir lo que sea, pero ésta es la muestra de la violencia; él se tiene que ir con nosotros”.

Para nuestras familias latinas eso era el crimen más grande del universo. Una mujer no puede hacerle eso a su marido. No tiene derecho a defenderse. Hasta mis propios hermanos me odiaron como tres años, diciendo: “Pobrecito Wilson, ¡qué le habrías hecho para enloquecerlo de esta manera! ¡Cómo la habrá pasado el pobre!”. Nunca se preguntaron lo que me había pasado a mí.

Después de que me dijeran que él iba a tener un *casier judiciaire* y que por mis hijos yo no podía hacer eso, fui a la policía a retirar esa denuncia. Fui y dije: “Sí, nos llevamos mal por un malentendido, pero yo no quisiera poner nada en su causa”. Y el policía que estuvo a cargo mío me dijo: “Mire, señora, por el bien de los hijos es mejor dejarlo. Porque si sale de aquí, o la mata o se mata. Nosotros lo vamos a detener dos días. Si lo dejamos salir ahora va a ser grave. No se

trata de saber si él la quiere o ha dejado de quererla. Él tiene su manera de amarle y, por esa razón, hay gente que mata. Hay gente que le mete dos balazos a su mujer y sin embargo la quería muchísimo. Malsano, insano, o sano, para él, así es el amor. Él pasa todo el tiempo diciendo: 'Pero yo la quiero, pero yo la amo, pero yo, pero yo, pero yo'".

Y eso fue el comienzo del mal momento, porque por ley nos separamos. Realmente la ley dijo: "A cien metros de distancia, no la puede tocar, porque la agresión física ha estado en medio, aparte de las demás cosas". Así se cierra ese capítulo.

A veces, para liberarse, uno tiene que pagar precios muy altos, muy altos. No fue nada agradable reconocer, al paso del tiempo..., porque es al paso del tiempo que uno se pregunta: "¿Me quería?". De los diecisiete años, diez hemos tenido una vida de perro y gato. Diez años de culpabilidades, diez años de tener que decir: "Pobrecito". Porque me daba pena. Sigo diciendo que es un tipo super bien, muy noble, muy sencillo, todos los muy que se quiera. Y me pregunto: "¿Esos diez años me han valido todo esto? ¿Lo merecía?". Cuando sucedió lo de los fondos de los chicos me pregunté: "¿Con quién estaba casada? ¿Lo conocí alguna vez? ¿Cómo me quería ver él? ¿Qué quería de mí?". No se conformó con quitarme lo poco que tenía. No se conformó con haberme hecho perder los trabajos, no se conformó con eso. Él quería aún más de mí. Simplemente me quería ver destrozada, agonizante, y decirme: "Yo soy el *superman*, yo recojo los despojos que quedan de ti".

A mi hija le dije: "Ya ves, dentro de mi 'egocentrismo', no estoy pidiendo dinero en la calle, no estoy pasando hambre. En cambio, tú papá vive arrimado en su apartamento con todo lo que teníamos ni puede sentarse. Vive en un *entrepôt* porque no tiene dónde meter lo que nos quitó. ¿Qué nos ofrece a nosotros? Nada. Él mismo no se puede ofrecer nada. ¿En qué trabaja? Cuando estaba conmigo, ganaba quince, veinte, veinticinco dólares por hora. Ahora, gana siete cincuenta, nueve dólares, quizás diez. ¿Qué hace tu papá? Es un valet de un aparcamiento de un hospital. Ése es el hombre que cuando vivía con tu madre era *manager* de veinte cosas y daba órdenes a diez empleados. Hoy es un parqueador. Eso es tu padre. ¿Qué te ofrece tu

padre? ¿Qué le puedo pedir, si no tiene ni para sí mismo?". Y siempre me pongo a pensar, si creo que existe un Dios justo, ¿quién está pagando la deuda de quién? Pero no es que me cobre de la vida, la vida se está cobrando en él todo lo que él quiere.

Ahora que ha venido mi madre en el verano y que él sabe de la existencia de mi pequeño Ethiel, es cuando ha empezado a colaborar un poco con sus hijos. A uno le pagó la inscripción al colegio, luego les compró los útiles, aunque sean de mala calidad. Por fin está dando lo que no daba desde que nos separamos. No daba, no quería dar. Un día, cuando Silvana se puso tan mal que él tuvo que llevarla al hospital mientras yo estaba en la agencia, entró en mi casa. Se habrá quedado asombradísimo porque él pensaría que dormíamos en el piso, entre unos cartones. Y le dijo a su hija: "¡Wow! Pero, ¿cómo ha logrado eso tu madre? ¿Qué ha hecho?". Yo, antes de que él viniera, le había dicho a Silvana: "Tu papá va a entrar y lo primero que te va a preguntar: '¿Y cómo pagó esos sofás?'. Tú tienes que decirle a tu papá que tu mamá no se prostituye, ni vende droga. Todo lo que se presenta en la vida lo negocia, todo. Todo, todo, todo". Y efectivamente, yo no me quedo ahí a decir: "Es que diez dólares me caen mal o que no me caen mal". Nunca. Como previsto, lo primero que le dijo a Silvana fue lo que me imaginaba. Porque habíamos dejado todo, todo, hasta el televisor. Todo eso es muy triste, porque uno, que quería intentar crear un mundo diferente, que creía que la justicia estaba de en medio, que no quería ver a la gente sufrir, termina preguntándose: "¿Por qué, cómo va a ser con tu pareja?". Mi madre y mis hermanos me decían siempre: "Si la inteligente eras tú, ¿qué pasó? Eso fue tu culpa, tú no supiste, tú no debías, tú tenías que haberle enseñado, tú tenías que haberlo educado para ti". Pero es que no estaba criando un hijo.

Un amigo mío de Vancouver me recordó un día: "Yo te dije que eso no podía durar porque Wilson lo único que hacía era seguir tus órdenes. Wilson nunca fue hombre, nunca vino a decirte: 'Mira, sabes qué, aquí, los pantalones los pongo yo. Yo soy el que responde por la casa'. Wilson era el perfecto esclavo tuyo. Para eso no había problema. Pero, como lo ves ahora, ahora no está haciendo nada". Él no encuentra qué hacer porque no sabe por dónde comenzar. Toda la vida vivió dirigido y ahora ya no tiene quien lo dirija. Dice que espera que yo regrese con él,

pero yo pienso que eso viene de sus concepciones: se casó una sola vez delante de la fe de un Dios y espera que yo tome conciencia de mis errores y de mis estupideces.

Yo siempre trato de respetar el mundo de los demás y a él nunca le he pedido nada. Quizás no supe realmente formatearlo o darle tales lecciones que habría hecho de él un hombre diferente. He tratado de averiguarlo todo y la gente me dice: "Bueno, él es el varón y, si bien es cierto que no hay sexismo aquí, la verdad es que usted tomó 360 grados y querer empezar a retroceder ahora, no se puede". En fin, yo quedé curada, quedé absolutamente consciente de que las deudas contraídas las pagué. Si le debía algo, le pagué. Ojalá estas experiencias contengan algún mensaje positivo para las miles de mujeres que estén viviendo lo mismo que yo. Uno no termina de saber realmente con quién ha vivido, qué ha vivido y qué es lo que le esperaba.

Nunca he comentado a nadie eso, nunca, ni a mi mamá, ni a nadie, a nadie, sólo les dije: "Nos divorciamos, nos divorciamos". Nunca quise que mi familia se pusiera a llorar por mi causa y dijera: "Qué pena, pobrecita", mientras que él iba a quejarse de todo. Gente de mi entorno me decía: "Pero yo no sabía que te habías separado de Wilson". Y yo: "Está bien. Sin comentarios". Porque... para qué, por qué. No cabe. Él se encargó de publicarlo en todos los lugares del mundo, queriendo que me dieran la espalda. Y con una parte así fue. "¿Cómo es posible Wilson, pobrecito, incapaz, un niño tan bueno, tan lindo?".

Por supuesto, toda mi familia quedó en contacto con él. Mis tías no me hablaban por su culpa. Mis primos no me hablaban porque yo le había hecho daño a él. Mi madre, cuando llegó ahora para ayudarme con Ethiel, salió a verle a la puerta, lo abrazó y luego entró llorando: "Pobrecito –me dijo–. ¿Te acuerdas que vino a la casa con diecinueve, veinte años, tan joven y que fue el hombre que te ha querido? Que nunca miró nada, siempre te quiso como eras". Mi mamá siente todavía el choque de la separación. Para ella, yo era una niña enferma y él me había tomado sin mirar mi *handicap*. Y ella recordando: "Tanto que él te quería y decía siempre: 'Yo no me enamoré de ella por su cara sino porque era una mujer inteligente. ¡Cuánta gente tenía a su alrededor!'".

Es cierto, es la ley de la compensación, la naturaleza te da otros dones. Siempre fui una

persona que llamaba la atención. Te digo, intelectualmente, Dios me permitió hacer algunas cosas. Tampoco era ni un gran erudito, ni una enciclopedia andando, pero era una persona que remarcaba sus pasos en el colegio, en mis actividades y en las cosas que hacía. No pasaba desapercibida. Quizás por la necesidad de tapar otra cosa. Yo no digo que no, pero nunca lo he visto como un... o sea hay gente que va en silla de ruedas, hay gente que tiene poliomielitis y ha sobrevivido. Como este gran hombre, el inglés Stephen Hawking, descubridor de los astros y de las cosas, este que no puede ni hablar, y que se ha hecho un tipo famoso en el mundo entero.

Hay gente que vive con esa historia, mi mamá lo veía desde otro punto de vista y por eso me decía: "Él que te quiso tanto, qué pena que dice que sí, que es tan buen espíritu y que está dispuesto a ayudarte". Y yo: "Ok, está bien. Mira, mamá, nadie te puede prohibir que lo trates". Pero mi mamá no ve el cheque que él manda cada mes; mi mamá sigue diciendo hasta el día de hoy: "En tu lado inconsciente, pues, sigues siendo tú la culpable".

Con mis hermanos ha sido peor. ¡Waj! Ni que digas. El único que ha estado conmigo es el que vive aquí, Augusto. Él siempre decía que Wilson era un papanatas. Contaba que cada vez que salíamos a comer, a la hora de pagar, Wilson se metía al baño. Toda la vida, cuando íbamos de excursión con los niños, él se enfermaba. Siempre que había que hacer alguna cosa, siempre era Irma la que tenía que hacerla. Mi hermano lo decía porque él lo había vivido en carne propia, no porque yo me hubiera quejado.

Los demás hermanos se peleaban constantemente con Augusto, y yo le decía a él: "Augusto, yo me casé con él, no contigo. Déjalo ahí, no te molestes, si no te pido nada". Y venía a hacer sus escándalos. Y yo: "Es que no está enojado contigo, negro, guarda distancia. No te metas, ignóralo, no le digas nada, en realidad no es tu problema. Déjalo". Nunca permití que se entrometiera en mi vida, pero él era el único que sabía de esa otra realidad porque Wilson, como imagen, es un llavero precioso. Un llavero precioso.

El día que un amigo mío que vivía cerca vino a la casa –porque yo le pedí ayuda– le dije: "Tengo problemas con la policía, Wilson me ha pegado, me estoy escondiendo dentro del apartamento,

¿puedes venir?”. Y en seguida vino y llamó también a mi hermano Augusto, pero mi hermano le contestó: “Está bien que le haya sacado al diablo, está bien porque ella se lo buscó, pues”.

Mi amigo me lo contó y venía horrorizado: “Te ayudo. Yo te he visto, estabas en tantas cosas, aunque seas culpable, tu hermano tiene que pedirte perdón”. Pero, nada. Para ellos era yo la responsable, la culpable y, de cierto modo, quizás pueda tener la culpa. Cuando me fui al centro de mujeres, mi hermano me fue a buscar, me llamó porque estaban todos molestos conmigo. Después de unas tres semanas, me dijo: “¿Qué pasa?”. “Nada, estoy bien, estoy bien”, le contesté. “Ah, bueno, tú eres la culpable, pues carga con tu bulto”.

Al mes estaba saliendo con Wilson y a los tres meses ya estaba casada

Wilson estudió con nosotros en el colegio secundario en Lima y, por supuesto, siendo mayor estaba más adelantado. Él fue compañero de mi prima, la mayor. Wilson es muy bien parecido. En ese tiempo, yo estaba en cuarto de secundaria y él era el acompañador, *date* perfecto de todas las jóvenes. Un tipo físicamente muy impresionante. Una de las mejores caras de la época. Cara bonita, cuerpo bonito, trato muy educado, muy amable. Wilson estaba loco por casarse con mi prima y siempre la acompañaba, iba a fiestas con ella. Cuando yo terminé la secundaria él fue mi *date*. En ese tiempo yo salía con su hermano. Yo era muy callejera, bailaba mucho, era muy amiguera, muy, muy amiguera. Siempre fui muy amiguera. Y siempre fui amiguera de hombres.

Era un mundo muy diferente, muy, muy diferente al que yo tenía. Wilson no estaba ni a un millón de distancia de mis posibilidades porque era demasiado racional, demasiado pegado a su iglesia, a cosas que no venían conmigo. Yo era muy alocada, muy extrovertida, muy juguetona. Un día me encontré con él en la calle. Estaba recién salido de la escuela de policía: “¡Uy! Y eres policía y qué ja ja ja”, yo así muy coqueta. Me deshacía en coqueterías. Y él: “¡Ay! Mira y, ¿cómo está tu prima? Y tú, ¿cómo estás? Qué gusto de verte”. Me preguntó también por mi enamorado y yo llorando le contesté: “Si acabo de pelear con él y estamos en el *fighting* de siempre”. “Te voy a visitar mañana”, me dijo.

Wilson era conocido de mi familia desde hacía mucho. El día que me visitó me preguntó por Ruthy, por Juana y no sé por quién más y yo le dije que todas se habían casado. Al mes estaba saliendo con él y a los tres meses ya estaba casada. Realmente casi no lo conocía. Lo conocía sin conocerle. Sabía que era una persona muy honesta, que tenía muchos atributos. Esto no se lo puedo negar. No sé qué sucedería, hemos durado diecisiete años casados, pero más descasados que casados realmente.

Nos casamos de la noche a la mañana. A mi mamá le avisé dos días antes. En ese tiempo, veinte años ya era muy tarde para no estar casada. Estaba fuera de moda y había que cumplir con un rol. Además, a mi casa ningún muchacho podía entrar porque mi mamá era muy estricta. Ella decía: “El que entra aquí a tu casa será para sacarte casada”, y toda esa tragedia de la filosofía nuestra. Y yo era muy cumplida.

Y quizás eso es lo que ha hecho de mí una mujer sólida

Las lecciones las aprendí con bastante facilidad. La vida se encargó de mostrarme que tenía que aprender. Felizmente, aquí estoy, completa, todavía tratando de encontrar una salida, ahora que me están hablando de asuntos de política y esos cuentos. Se aprende, y a veces la vida es sabia porque te da unas lecciones que tú nunca hubieras imaginado aprender.

Una de las cosas que siempre me han traumatizado es que nunca quise ser una mujer divorciada, nunca, nunca. Yo imaginaba todo, pero jamás que iba a separar mi matrimonio. Hasta que se dio. Y luchaba contra eso, pensaba: “¿Qué explicación me daría? ¿Qué explicación les daría a mis hijos? ¿Qué diría yo a la madre naturaleza como tal?”. Yo, casada, no imaginaba que podía descasarme. No, ya no es más un dolor, no es más un llanto, no es más nada.

Yo creo que todos son elementos que nutren, y quizás eso es lo que ha hecho de mí una mujer sólida. Porque así logré ser casi como una Margaret Thatcher. Mis hermanos dicen que soy de fierro. Que soy de metal. Que soy una bestia para calcularlo todo, para razonarlo todo. Es verdad. Soy muy sentimental en algunas entregas sociales, no me importa dar si es que es

voluntario... como he dicho siempre. Pero también hay otras cosas, que te vas cuidando, que vas limando, que vas entendiendo que no te tienes que implicar como lo hacía antes. Se me han despertado instintos de autodefensa de 250 por ciento.

Hoy es difícil que alguien me haga caer en una trampa. Por ejemplo, yo trabajo con una comunidad cubana que es 250 por ciento hipócrita y soy consciente de eso. Se trata de la Caravana para Cuba en la que colaboran varios *québécois*. Uno trabaja para ayudar a un pueblo, pero no sabe si la gente lo agradecerá o dirá "vete con tu basura". Así es como he llegado a entender que tengo que dar lo que quiero dar. Ya me he adaptado a lo peor.

No ayudo a los cubanos para que sean mis mejores amigos, compañeros para el resto de mis días, los ayudo porque creo que lo merecen y que, como cualquier ser humano, que sea delincuente o no, bueno o no, merecen una oportunidad en su vida. Pero, desgraciadamente, son gente que carece de ciertos valores. Sin embargo, algo tengo que hacer por ellos, algo cambiaré. Uno por ciento o cero punto cinco por ciento, pero algo. Y a mí me preguntan: "¿Tú no te das cuenta?". Yo le digo a mi amiga: "¿Tú crees que yo no sé lo que significa una pasta dental?". Ponle la cosa ínfima, mínima, pero yo sé lo que significa una pasta dental. Me encanta que me pregunten: "¿Tú crees que me puedes traer...?". Sí, me encanta, me encanta, son porquerías, un paquete de máquinas de afeitar de tres dólares. Cuando le conté a un amigo cubano sobre el proyecto de tener a Ethiel, me dijo: "Irma, me caso contigo, y yo te hago el hijo si quieres". Yo le dije: "Mira, si necesitas que te ayude, no tienes que acostarte conmigo, ni hacerme el hijo que yo quiero. Yo te ayudo, si quieres. Pero dime: 'Irma, yo quiero que me ayudes'. Dímelo en mi cara. No me estés invitando a emborracharme aquí, que no tomo. No me estés invitando a conocer tu *penthouse*, porque no vine a buscar hombres. O sea, yo te ayudo con mucho gusto, te conozco hace como siete años y no necesito que aparentes lo que no sientes". No supo qué contestar, sólo dijo: "Ésa es Irma, pues, porque Irma es así". Y luego añadió: "No, yo siempre me he llevado bien contigo y a mí me encantas, yo creo que podríamos hacer una bonita pareja". ¿Por qué no? "Quizás –le contesté yo–. Pero, ¿sabes cuál es el problema? Que yo no creo en tu gente". Creo que si tenemos una amistad tan

bella es porque tuve valor de decirle: "¿Tú crees que si me vas enamorando, vas a conseguir algo de mí? Definitivamente, el enamorarme es un mal truco. No te conviene. Mejor es que me digas somos amigos de verdad y que unas veces eres bueno, otras malo, que te sirves de los trucos de mi sociedad y que necesitarías que yo como extranjera te ayudara. Yo no me voy a negar, fíjate. ¿Quieres que te firme los contratos? ¿Quieres que me muestre como tu novia del extranjero? Yo no tengo ningún problema porque no tengo taras de ninguna naturaleza. Si quieres, perfecto, lo hacemos, pero dime en mi cara: 'Irma, yo quiero esto'". Y él me dice: "Irma, tremenda mujer que eres, es que eres la mejor".

Entonces, se puede producir un cambio, que hay gente que aprende a mirar a la cara, con sus papeles negativos, inclusive. Porque sabes que él va a sacar ventaja, lo sabes, pero tú vas a sacarla más. Nos hemos vuelto amiguísimos, amiguísimos. Cuando yo voy, iba –porque ya desde que Ethiel está no viajo– cuando iba a La Habana, era consciente de que yo era su "novia" en el exterior. Hacía el papel de novia y lo hacía muy bien. Es un tipo excelente para el trabajo. Una mina de oro. Es casi como un director de una de las mejores cadenas hoteleras del país. Hace el dinero que quiere, es de las pocas personas en Cuba que no puede justificar de dónde viene su dinero. Para Cuba, no puede tener dinero. Entonces para él yo soy como una beca, un diploma. Yo sé que soy su diploma. Uno piensa, bueno el tipo hace esto para justificar que tiene una buena camisa o un buen par de zapatos. ¿Pero de qué sirve todo esto? Uno aprende a conocer a la gente. Y a explotar un lado positivo, no necesita más ser hipócrita.

A una cubana de sesenta y pico de años, amiguísima, le dije: "Tú vuelves a mostrarme las cosas de esa manera y yo más nunca vuelvo a tu casa y se acabó el problema. Como tú, hay nueve millones de personas en este país y, como tú, hay veinte millones de personas en el mío que están esperando. La necesidad no es sólo tuya. Entonces, estemos de igual a igual. No hables a mis espaldas. Yo lo siento, yo volteo y sé incluso lo que estás pensando. Y no me gusta. Le dije un día: Lo que te mando, no me lo estoy quitando, lo encuentro botado, me lo regaló la gente, es lo que no quiere mi hija, lo que voy a botar, o sea, no me duele traértelo, no me cuesta. Lo hago con mucho gusto. Y si me lo recibes con cariño, más gusto me da. O sea, lo encuentro una obligación mía.

No porque me obligas. Claro como el agua. Hasta el día de hoy, amiguísimas, *forever*, no hay problema. La gente es hipócrita porque cada cual trata de cuidar de que le regales un café, un cigarrillo, o sea, todo el mundo aspira a merecerse un favor. Por lógica, les toca ser hipócritas. Pero cuando uno saca una migaja de esa hipocresía ayuda a vivir en un mundo mejor. Así pienso. Y así he logrado conmigo misma.

Mi hijo Ethiel es el último broche de la página de mi vida

Mi hijo Ethiel es el último broche de la página de mi vida. Ha sido un *vouloir ne pas me sentir toute seule*, yo creo. Ethiel fue un fruto de la circunstancia de querer ser madre otra vez, aunque todavía no estaba totalmente lista. Hice unos viajes a Cuba para evitar las investigaciones de aquí respecto de tener un niño por inseminación. Además buscaba mi modelo de hombre. Sobre todo, desde el punto de vista psicológico. Un amigo me hizo ver que en realidad yo buscaba un semental. Y era cierto, porque yo no quería que me reclamaran después los derechos de paternidad, porque un niño es una propiedad. Así fue como decidí hacerlo por mi propia cuenta, a mi gusto. Y ¡voilà! Aquí está Ethiel.

En la opción paternal yo exigía ciertas cosas: por ejemplo, yo no quería que fuera muy distinto a mí. Quería que fuera más o menos mestizo, que no fuera ni cholo, ni chino, ni negro, ni nada de esto. Cuando encontré el modelo resultó una persona muy agradable, un deportista, hacía una especie de karate, no me acuerdo bien. Era una persona que enseñaba, era tercer dan. Entonces cuando yo vi su insignia supuse que era una persona con ciertos valores. Probablemente, capaz de controlar sus emociones, que debía de tener quince años en esa carrera y que desde muy joven había sido educado en esa filosofía. Me interesó más por ese lado. Entonces pedí más informaciones sobre él y luego me las arreglé para conocerlo sin que él lo supiera. El tipo lindísimo; una persona muy guapa, muy bonita, no muy alta, normal. Tenía la piel muy tostada, pero se veía que era blanco. Los ojitos verdes, ligeramente, y un bronceado de playa. Era taxista. Yo lo fui a conocer aunque era prohibido hacerlo, pero para esto existe la influencia. Entonces yo le pregunté a la psicóloga si lo podía conocer y ella me contestó que era imposible.

Se prohíbe porque uno puede hacer una denuncia reclamando la paternidad. Como yo insistía ella me dijo: "Te voy a conseguir su dirección pero, eso sí, palabra de honor que tú te paras en la esquina, tomas su taxi, y no le hablas ni una palabra sobre el tema".

Fui a conocerle y me acompañó en su taxi todo un día. Me llevó para aquí, me llevó para allá y como conversamos mucho terminó por no cobrarme. Me dejó incluso un papelito con su teléfono y me dijo: "Cuando tengas llámame y conversaremos de nuevo, porque la vida nos ha puesto frente a frente".

Me explicó cosas sobre las filosofías orientales, descubrí cuánto le gustaba pensar, qué pensaba de la vida, de las cosas, que nada era en vano, que todo tenía un propósito y qué sé yo. Eso ocurrió al inicio de mis investigaciones, porque había seleccionado a tres personas en el álbum. Pero él me pareció divino. Divino, divino. Días después lo volví a llamar. Fui a verlo a su otro trabajo, donde enseña una técnica que se llama "el hombre araña" o una cosa así, "la araña". Me invitó a ver su tablero. Su exposición estuvo muy bien. Fue como un imán. Mas aún, yo no creo en el cubano que te invita a tomar un café, etc.

Una amiga me advirtió: "Irma, ¡lo agarraste de una!". Me di cuenta de lo que pasaba y me dije: "Irma estás cayendo en la trampa de los cubanos. ¡Cuidado!". Y corté allí la relación incipiente. Nunca más lo vi, ni lo llamé ni nada. Pero con el padre de Ethiel fue una cosa muy linda, es una persona bellísima y espero que mi hijo saque algo de ese hombre.

En el caso de Ethiel yo pienso que él va a crecer con su verdad. Yo digo: si él me conoce como soy, como pienso y como amo las cosas, él va a saber que es fruto de mi deseo absoluto y que no quise que tuviera una propiedad. Puede ser que en el futuro decida decirle: "Vas a tener un padre o tienes un padre". De aquí a un año y medio calculo que definiré mi vida y se lo diré.

Hoy soy sólo mamá

Hoy soy sólo mamá. Hace tres años que sólo estoy en lo de las agencias de viajes, el turismo. Trabajo con una agencia que está en sociedad con una dominicana que es la socia principal, porque es la que ha puesto la mayor parte del

capital. Uno de los mercados que mejor conozco es el de Cuba. Estamos organizando un turismo guiado que ya se ha hecho con la República Dominicana, que es otro de nuestros campos fuertes. Trabajamos con todas las partes del mundo, pero más que todo con los países del mismo idioma. En la agencia, la única que habla los tres idiomas soy yo. Las demás solamente hablan francés o español. Tenemos una oficina muy grande y muy bien equipada cerca del metro Jarry.

Hubo un tiempo en que me he dedicado a la fiesta que organiza cada año la Asociación peruano-canadiense en el parque Jeanne Mance. Era la coordinadora de casi todas las actividades organizadas por el departamento de comunicaciones y relaciones públicas de la Asociación. La organización de esa fiesta me consumió muchísima energía, me tomó casi seis meses de trabajo. En el verano pasado, en el mes de julio, participaron unas seis mil personas. Es una de las fiestas más importantes, muy, muy típica. Mientras me involucraba en su organización, yo no hacía contabilidad ni nada para la agencia de viajes. La agencia estaba muerta. Hemos tenido muchas bajadas porque como se dice: "Al ojo del amo engorda el caballo".

A raíz del nacimiento de Ethiel, y de la situación económica en la que me encontré con la agencia, decidí retirarme de la organización y colaborar desde afuera. Era una actividad no lucrativa, que me llenaba por todo lo que implicaba.

Las pasiones sociales son parte de mis *hobbies* y siempre van en concordancia con mi trabajo. También en la agencia de viajes sostengo relaciones con muchas personas que colaboran con la Asociación, como es el caso de "Cubana", "American", "Air Canada" y como soy un *partner* de ese grupo, pues saco provecho para otras cosas.

El trabajo con las asociaciones tiene múltiples facetas: la Asociación peruano-canadiense está trabajando en coordinación con la "Caravana" pro Cuba. Son tres o cuatro grupos *québécois* que se juntan para ayudar a ese país que sufre el bloqueo. Estamos muy vinculados con ese tipo de trabajo. También hemos ayudado a otros países como Guatemala y El Salvador. Porque son destinos muy frecuentes de la agencia. Eso es un poco la mixtura entre el trabajo obligado y el social.

El trabajo social es parte de la vida de uno. Muchas veces es más lo que te quita que lo que te da económicamente. A mi llegada, me involucré con el Servicio Internacional Humanitario dirigido también por un peruano. Pertencí también al grupo de Green Peace. Estuve trabajando en medio ambiente con Toronto. Éramos tres latinos: dos mujeres y un varón. Siempre he tenido una vocación social, siempre, siempre, siempre. Pero en ese tipo de actividades, hay que tener con qué comer porque estos trabajos exigen gastos personales; los transportes y otros similares salen de tu bolsillo. No puedes quitar el pan de la casa, así no funciona. No falta gente con deseo de hacer este tipo de trabajo pero hay que ganarse la vida.

El vicepresidente de la asociación me comentaba que no deberíamos tener problemas de dinero, que deberíamos decir que acabamos de llegar de Japón, de Haití, de tal o cual comisión y no estar pensando: "Me olvidé de pagar el teléfono o no me alcanzó la plata para hacerlo".

A propósito de eso, me he preguntado si éste es el tercer mundo o qué. No, estamos en el primer mundo. Lo paradójico es que en el tercer mundo se te facilitan los medios para conseguir tus metas. Es increíble, increíble pero allá se recibe ayuda del exterior, del primer mundo, con mucha más facilidad que aquí mismo. En el primer mundo tu colaboración social depende de tu potencial económico, no queda otra. Allá dices: "Voy a hacer tal cosa", y las oficinas del norte de América te mandan todo lo que tú necesitas. No tienes que sacarlo de tu bolsillo. Aquí hay una actividad y tienes que pagar tú la entrada; aquí hay una cena con fulano, tienes que pagarte tú los tiquetes para colaborar. Para mí, cada semana representa como ciento cincuenta dólares cubrir mis trabajos sociales.

Hace poco, a través del partido del PQ, invitaron a una pareja de latinos a participar en un organismo dedicado a observar el trato de la sociedad quebequense hacia los latinos. Interesante, muy interesante, asistí a nueve charlas. Pues, por mucho que es un país con grandes cualidades, existe discriminación, lapsus con nuestra raza. Es que en el PQ no hay nadie que nos represente, nadie. Si bien ahora están mejorando, están aceptando alguna persona de cada grupo étnico, pero no es suficiente.

He estado tentada de participar, incluso me han citado, y yo me he negado a asistir porque me apasiona tanto que sé que no voy a dedicarme a otra cosa. Soy una persona de cuarenta y pico de años y sé lo que quiero.

Finalmente, dije: bueno, que me esperen un año y medio. En año y medio Ethiel va a estar caminando, comiendo solo, yendo al baño, etc. Mentiría si dijera que no tengo ambiciones. Lamentablemente, no es el momento para hacer eso. Además, me gusta ser mamá, estar con mi hijo. Por el momento tengo que estar con él.

Es complejo porque, como mi profesor de filosofía me decía, "el político no es ni hombre ni mujer". El político no puede ser madre porque entonces se produce esa ambivalencia que tengo hoy. No puedo dedicarme a mis hijos tan bien como quisiera. No puedo dedicarme a nada como quisiera.

Como la asociación sólo tiene dos años de vigencia, mis amigos temen que cuando yo quiera entrar en función ya no será tiempo. Dicen que si yo entro ahora, costará sacarme y así lograré subir solita, con el peso natural de mi trabajo. Yo no sé. Dios dirá, digo yo. Y el tiempo también dará su respuesta. Si cerramos la agencia, si pierdo este trabajo, pues, ni modo, tendré que hacer otra cosa. Pero por ahora me conformo con estar un poco en casa, hacer un poco de todo y nada, estar siempre inmiscuida en las cosas que me involucran en la sociedad cultural y socialmente, y más nada.

Los *québécois* que tratamos a través de la agencia o a través de la clínica son todos aquellos que van a venir a querer conocer lo nuestro. Un gran porcentaje habla español y quieren conocer Cuba, quieren conocer el Perú, quieren conocer otras actividades. Nosotros los invitamos a participar con la Caravana proCuba. Queremos convencer al canadiense que vale la pena que conozca nuestra cultura. Ese es uno de los objetivos de la agencia de viajes. Por otra parte, estamos organizando una presentación de pintores latinos con dos o tres fotógrafos *québécois* y dos o tres pintores canadienses. Ya hemos montado una exposición de fotografías de desnudos de un mexicano que se dio en la antesala del cine de la ONF. Ahora tratamos de hacer intercambios con otro tipo de artes (arte óptico, esculturas, etc.). Por ejemplo, son pocas

las personas que han tenido la oportunidad de ver cómo se hace el trabajo de la arcilla en América Latina. Aquí hemos podido contratar a un escultor peruano que trabaja la arcilla y le hemos ofrecido que haga una exposición. Queremos que la municipalidad apoye estas actividades.

Mis hijos son perfectamente bilingües, más identificados en inglés. De hecho, su educación se ha hecho más en inglés que en francés. Lo que les cuesta trabajo es su inserción con mi mundo. Dicen que nosotros hablamos mucho y que es puro blablablá. Silvana, por ejemplo, recién comienza, desde hace unos tres años, a tener interés en la música, el canto, la comida, el baile nuestro. A Alejandro le cuesta sostener una comunicación muy larga en español, siempre trata de pasar al inglés. En cambio, ellos me enseñaron el inglés para que sus compañeros no se burlen de mí cuando hablo o ven que no entiendo una cosa. A veces, Silvana me acompaña para que participe en lo de los jóvenes. En el momento se emociona pero no tiene la fiebre que yo tenía a su edad.

A mí no me molesta que lo bendigan a los cuatro vientos

Respecto de la religión, yo soy un producto híbrido que rechaza todo tipo de fanatismo. Es posible que haya influido mi educación social. Creo en un Dios absoluto, un Dios justo, un Dios de amor. No suelo ir a ninguna iglesia en particular pero me encanta visitarlas todas. Cuando me siento sola y que me invitan a tal lugar, no tengo ningún problema para ir. Sueño con un mundo sin parámetros, sin fronteras, en el que el espacio mental no tiene límites. No es realmente decir que porque eres judío, o porque eres musulmán tus amores por un mundo pueden cambiar. Entonces eso hace un choque con mis hijos, por ejemplo, que yo cada mañana diga —es un hábito—, Alejandro no se puede ir si no le he dicho: "Que Dios te acompañe, que Dios te bendiga"; los miro desde el balcón. Tiene que ser así. Con Silvana, igual.

Pero hay una contraparte: mi exesposo es muy similar a mi madre. Y mi madre es extremadamente extremada y pienso que eso conduce a la confusión. Creo en la libertad. Con la educación que he recibido, debería quizás sentirme mejor asistiendo a un oficio en el oratorio St-Joseph, pero siento que es mentira y no me apetece ir más que de vez en cuando.

Hay veces en que entro a una iglesia y salgo llorando. Sí, creo que cuando uno aprende a conocer un poco los textos bíblicos, donde Jesús dice: "Esa piedra es tu iglesia. Sobre esto hay que edificar... Sobre la nada está hecho". Si sobre la nada está hecho, yo estoy hecha de la nada, yo soy un fruto de la nada. Entonces, yo voy a edificar en esto, esto soy, eso es la iglesia: el amor a la gente, el trabajo, el hacer las cosas sin esperar una compensación, el no robar, el no matar, el no desear mal a nadie. Para mí eso es una iglesia. Ésa es la pasión que tengo: elegir.

Cuando Alejandro va a la iglesia con su padre, los sábados y domingos, me doy cuenta que él regresa más mustio. Y como le digo, a mí no me interesa una persona incapaz de decir: "No quiero, no puedo", por temor a Dios. Para mí, Dios es un Dios de amor, es un Dios justo que no tiene por qué castigar. Al final, mis hijos han crecido más a mi forma de pensar que a la de mi madre o de mi exmarido. Dios los ama, no pueden tener duda de que los ama porque todos los días lo escuchan de mi boca. Todas las mañanas y todas las noches les digo que existe un Dios perfecto que los cuida y los protege y que nunca se va a vengar. Les digo que no tienen que temer el momento en que los va a castigar si es un Dios de amor. Que sí te disciplina, que sí hace ciertas cosas, así es como yo interpreto mi propia religión.

Un amigo mío me dijo hace poco: "Quiero que lleves a Ethiel a mi iglesia para que le den la bendición". A mí no me molesta que lo bendigan a los cuatro vientos. No me molestaba para nada. Pero constato que cada doctrina tiene sus propios reglamentos y yo estoy un poco en contra de esto. Siempre me pregunto por qué debería de ser así. Me parece que las puertas del mundo deben estar abiertas al que quiera entrar. Pero en vez de eso, uno va y si no se bautizó, pues, no lo aceptan en la comunidad. ¿Es eso lo que yo quería realmente en la vida? Creo que no.

Yo no sé de dónde saco mi fuerza pero, hace poco, unos amigos me preguntaron si yo bebía cada mañana un vaso de hierro porque dicen que nunca me han visto llorar. Sólo lloro cuando veo en la televisión a niños del África que mueren de hambre. Mis depresiones son de tres, cinco minutos. A veces, sí me siento sola. Tengo tantas cosas que me esperan que ni tomo tiempo de comer como quisiera o de atenderme a mí misma como quisiera. Es cierto que últimamente me he

descuidado mucho. Pero pasará. Mañana será otro día y llegará el momento en que volveré a mi sitio. Yo no soy de las personas que miran cada tropiezo para morirse. Me tocó, *that's it*. Creo que es positivo en sí. La vida es demasiado maravillosa y me estimo muy afortunada comparada a millones de desafortunados. Eso no impide que a veces me pregunte qué será de mí mañana, o qué será de mis hijos. La incomunicación con mi exmarido, la falta de diálogo hace que me preocupe por ellos. Porque a él no le puedo contar ni decirle: "Mira, me gustaría que tomaras este espacio". Y como yo no me puedo sustituir al padre, entonces, le digo a mi hijo: "Alejandro, tienes que ir con tu papá. Tienes que estar con tu papá". Porque lo que va a aprender de mí, por muy fuerte que sea, es siempre del lado de las mujeres. Y con Silvana, igual. Estoy convencida de que lo necesita.

Yo creo absolutamente que las experiencias que se viven son positivas, aunque haya dolor. Toda experiencia enriquece. Yo no me arrepiento ni de haberme casado ni de haberme divorciado. Nadie me obligó. Lo hice porque quise y ahora no tengo por qué lamentarme. Además, tengo dos frutos hermosos, ¿por qué voy a pasarme la vida lamentándome? Mis fracasos, mis errores sí que me duelen como a cualquier ser humano.

Hace poco un amigo me dijo: "El problema contigo es que tienes una supremacía sobre las cosas. Tú lo haces por supremacía", y no es verdad. Quizás sea cierto que en algunas cosas me impongo demasiado, pero no veo por qué tendría que permitir que me usen. Con esa caparazón, he logrado que nadie se meta en mi vida privada. Ése es mi espacio y no soporto que nadie me juzgue o me tengan lástima. O sea, yo le dije: "Como siempre fuiste mi jefe es ilógico que yo te quiera dar órdenes". Hay una jerarquía, hay un espacio, pero eso no indica que yo no tenga cerebro. Yo me someto a lo que... digo bueno sus órdenes fueron éstas, ¿tú qué opinas sobre este tema? Yo no estoy de acuerdo. Pero tú me dices las órdenes y ya está, chao. Entonces él me casi gritándome: "Mira a tu hijo: eso muestra que tú tienes esa tendencia a aplastarlo todo". Dije: "Quizás". Quizás sea verdad. El me dice: "Es que tú tienes una supremacía sobre las cosas y tú quieres que sea así". En mi vida al menos sí, en las demás no sé. Será por eso que cuenta conmigo, ¿no? Porque si yo estuviese para llorar igual que los demás no contaría.

Ama suway, ama llullay, ama qillay

Yo creo como mi papá en las cosas justas, en los valores de la gente serrana que tiene como lema ama suway, ama llullay, ama qillay, que quiere decir: "No robes, no mientas, no seas ocioso". Mi papá decía que una vez que los indígenas se inclinaban a la tierra y le decían al sol ama suway, ama llullay, ama qillay , entonces se sentían felices.

Y no había necesidad para que se fueran a pelear por una suma de dinero. Bueno, las cosas se aprenden de cuatro mil años atrás. Y allí es como realmente la vida ha dado su forma y creo que gracias a esos valores me siento cada día más tranquila. Alguna vez con unas angustias normales y humanas.

